Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI — San José, Costa Rica — 1930 — Sábado 13 de Diciembre — Núm. 23

Año XII. No. 519

SUMARIO

La cabeza de las maravillas

—De *El Libro de la Actitud Secreta de la Soledad*—

En la gran casa de piedra construída a los pies mismos del caos miguelangesco de las montañas, se extinguía el último combatiente que peleara bajo las órdenes de Bolívar. Era un anciano rudo y poderoso, sobre el cual había soplado en vano, durante ochenta años, el agitado viento del sepulcro.

Movido por una de esas actividades obscuras, que en las almas fiebrosas se transforman en vértigos imprudentes, Leonardo fué a verlo. Y como, al encontrarse en su presencia, experimentara la irritada transfiguración que dan las lecciones exaltantes, le dijo bruscamente, deseoso de escuchar las palabras consagradoras:

—No me habléis de vos, ni de nadie; habladme de él.

—¡Cómo os comprendo!—le replicó el anciano, emocionado y asombrado de su propia emoción. Y adivinando en los labios del joven el tumulto quemante de las interrogaciones, agregó con resignada aspereza:

—Es de un héroe romántico que voy a hablaros (romántico porque es capaz de suscitar en nosotros emociones multiformes, caprichosas, impacientes e imprudentes), y que al mismo tiempo fué un héroe de esencia puramente humana, puesto que supo realizarse en una de las más altas concentraciones del pensamiento y de la acción alcanzadas por los hombres.

Calló un instante, para agregar luego:

—Evidentemente que al golpear a las puertas de una existencia que reposa ya sobre la total humanidad, no podré aportaros más que vistas parciales e incompletas, opiniones provisorias y sensaciones revisables; pero, como al hacerlo lo haré con la enlutada piedad de toda dolorosa apostura moral, mi evocación conservará la decencia de un culto.

Pareció un momento indeciso, como si ignorase las palabras con que debía honrar la memoria de aquel que vivió más altamente y más maravillosamente que lo que se vive de ordinario. Leonardo aprovechó aquella vacilación para insinuarle:

—¿Su físico?...

—¿Su físico? Moreno (la tez de un blanco mate dorado en la juventud, fué duramente quemada más tarde por la intemperie); de pelo negro ligeramente rizado; de frente alta y surcada de arrugas; de cejas pobladas y extensas; de ojos luminosos y profundos que impresionaban a amigos y enemigos y que le obligaban a bajar los párpados, cargados de largas pestañas, para no turbar a sus interlocutores en la exposición de sus ideas; de nariz romana, distante del labio superior y perfecta en su largo lineamiento; de pómulos sobresalientes; de boca hermosa; de labios gruesos; de dientes blancos y uniformes; de barba aguda; de piernas y de brazos largos; de manos y de pies pequeños y bien formados; de estatura mediana: 1 metro 65; de proporciones finas; de andar resuelto y rápido y, en fin, de maneras elegantes que no abandonaba jamás y que le permitían cabalgar con gracia y bailar con distinción, era el tipo perfecto del aristócrata. Su voz era aguda y sonora; su risa, agradable; su oído, educado, y largo el alcance de su vista. Aseaba su persona con esmero y vestía con refinada elegancia. Y a todo eso, una movilidad asombrosa, cambiando de actitudes a cada instante, y un vigor físico extraordinario, que le permitía fatigar fácilmente a cuantos osaban acompañarlo en sus largas caminatas; que le permitía ayudar a sus soldados en las más arduas



Bolívar

Madera de *Rivas Velázquez*. 1930.

Fragmentos del notable libro Mi Simón Bolívar, Vol. 1 (Lucas Ochoa). Por Fernando González. Manizalez. Colombia. Dedicado al Mayor Santander y al General Páez.

(2.—Véase la entrega pasada.)

Las obras escritas y esenciales del Libertador son *El Manifiesto de Cartagena, La Carta de Jamaica, El Discurso de Angostura* y *La Constitución Boliviana.*

Esa es la literatura íntima del Libertador, de la cual han sacado las colecciones de máximas y pensamientos. Son las obras que meditó, especialmente las dos primeras, escritas en el destierro.

Me detendré especialmente en ellas, para haceros percibir quién fué Bolívar desde el punto de vista de la conciencia.

Hay también miles de cartas y proclamas impuestas por las circunstancias, a las cuales se acomodaba siempre para dirigirlas y aprovecharlas: Escribía al General Páez, por ejemplo, en estilo y con pensamientos diferentes de los que empleaba con el General Santander: Era un gran organizado para la libertad y la gloria de América.

Se ha dicho que su estilo es romántico, y no es verdad. Se engañó Unamu-

(*Pasa a la página 364*)

tareas; que le permitía sufrir el hambre y dormir al fulgor de las estrellas, envuelto en su capa o tirado sobre una piel de animal salvaje y que le permitía montar a caballo veinte horas seguidas, sin dar el menor signo de cansancio.

Sus palabras eran como notas vigorosas señalando la eterna labor.

—Habladme de su juventud...

—¿Su juventud? De ella se sabe poco, o mejor, se ignora mucho. Se sabe, sí, que nunca frecuentó una escuela, siendo iniciado en sus estudios por la palabra fácil y divagadora de ese sér lunático y extraño que fué su maestro, su amigo y su guía: don Simón Rodríguez. Su educación, como la de Bonaparte, fué, pues, deplorablemente incompleta. Sin embargo, debido a su gran memoria, a su extraordinaria capacidad intelectual y al frecuente trato que tuvo con sabios como Humboldt y Bompland, le fué fácil abarcar las ciencias, las artes y la historia, llegando a formarse ideas generales sobre todas las cosas. Y como don Quijote, como San Ignacio de Loyola, como Santa Teresita, experimentaba gran fruición leyendo libros de caballería.

—Sin duda fué esa lectura la que le hizo jurar, un día, sobre el Aventino, consagrarse todo entero a la libertad de su patria, como los caballeros andantes juraban consagrar su vida a la dama de sus amores.

El anciano se sonrió con calma, agregando luego, con una conciencia exacta de lo que hay de eterno en la colaboración que al hombre le aportan los hombres:

—En el pleno despertar de sus ambiciones, tuvo el ejemplo de los deslumbradores triunfos de Napoleón, al cual vió en dos épocas distintas: en Italia y en el *Sacre* de Notre Dame, cuando el Corso, cogiendo de manos del Papa la corona que iba a consagrarlo, se la ciñó con brutal arrogancia... Y uno se pregunta: ¿qué pasó en esos instantes por la mente del futuro Libertador?

—Seguramente que si se adaptó al gran aventurero en un esfuerzo enérgico y familiar, fué con un subentendido de vigorosa esperanza en su propia vida.

—¡Qué duda cabe!

Como el anciano guardase un nuevo silencio, Leonardo insinuó:

—¿En el trato íntimo?...

—Aunque le gustaba poco abandonar el tono severo y digno y el ceño recogido de los senadores romanos, en la intimidad era alegre, casi jovial, y su conversación, mudable como sus actitudes, aparecía cargada de un acento afectuoso. Al hablar, su semblante tomaba un tinte de melancolía que era como el reflejo de su palabra llena de homérica fluidez y de gracia prestigiosa; tinte que ni la misma fuerza de sus súbitas fulguraciones y de su elocuencia sacudida, lograban disipar. En el campamento, alejaba el tedio con chistes de innegable oportunidad y en las marchas distraía su natural impaciencia, entonando canciones patrióticas o animando a sus tropas con palabras cariñosas, hasta obtener de ellas esfuerzos que Bonaparte mismo no obtuvo de las suyas jamás. Pero, al revés de Napoleón, que se permitía toda clase de bajas familiaridades con las mujeres y los soldados, Bolívar no se permitió nunca, ni nunca aceptó familiaridades de ninguna especie.

Hizo una pausa y agregó:

—Obsediado por los honores y la grandeza de la Historia, se preocupaba a menudo del juicio que pudiese formar de él la posteridad, gustándole de parangonarse con los grandes guerreros y sacando siempre de sus propios hechos, principios generales.

Como si su alma acabase de conocer un movimiento heroico, el anciano elevó la voz para decir:

—En los días de suprema angustia, cuando todo parecía perdido o a punto de perderse y todas las manos se tendían hacia él y hacia él se volvían todas las miradas, amaba de comentar entre sus íntimos, a Homero, a Virgilio, a Holbach, a Espinosa o a Bentham, y de discutir sobre metafísica, sobre estética o sobre religión.

—Parecía complacerse en las discusiones...

—Pero no siempre era tolerante con sus contradictores.

—La cólera estaba en él en la superficie...

—Y la calma, debajo. Era un sér emotivo, vehemente, irritable y autoritario, que empujado por su sensibilidad vivísima, su impaciencia natural y la inquietud de su carácter, iba hasta la impulsibilidad más acerba, hiriendo o acariciando con furor. Así, pues, con frecuencia su voz era rudá, sus maneras, ásperas y su lenguaje, airado, llevando más de una vez a la vida civil, sus arranques de campamento.

—Un corazón recio e inflexible...

—Recio e inflexible, como lo prueba la "guerra a muerte" declarada a España y como lo prueba también el hecho de que cada vez que lo creyó de justicia, hizo fusilar; pero noble, sincero, espontáneo y exento de envidias.

—Sí; exento de envidias, como cuando le vemos inclinarse llorando sobre el cadáver de Girardot, muerto en plena juventud.

—Y generoso, como cuando lo vemos deshacerse de sus alhajas en beneficio de sus amigos; o como cuando lo vemos declarar la libertad de mil esclavos negros, en su hacienda de San Marcos, lo que le representa la pérdida de 200,000 duros; o como cuando lo vemos rehusar los millones dictados por la gratitud de los pueblos. Y derrochador. En Madrid llevó un tren de príncipe; en Londres gastó 150,000 francos en tres meses y en Lima invirtió ocho mil duros en agua de colonia.

—Era enamorado...

—Enamorado y sensual, consagrando su devoción a tres divinidades: la guerra, la política y el amor. Por lo demás ¿no es ese el pesado lastre de todas las imaginaciones ardientes, que se dispersan en la soledad y que flotan sobre los horizontes intocados de la tristeza?

—Era triste...

—Como los más grandes tristes de la historia. A menudo, sus accesos de melancolía—melancolía a lo *Childe Harold*—eran precedidos y seguidos de períodos de anormal animación, como si la tristeza se trocase en él, en una imperiosa necesidad de trabajo. Bolívar no conoció ni la serenidad, ni la calma. En sus últimos tiempos, a su vuelta del Sur, cuando sus sueños de la Gran Confederación empezaron a desvanecerse, un *rictus* de impiadosa amargura le contractaba los labios, dándole mayor agravación a su vejez prematura y a su agotamiento precoz.

—Era un solitario...

—Sorprende el perpetuo aislamiento moral en que vivió, sin nexos que lo ligasen a persona alguna. Y como desde la muerte de su mujer, acaecida en temprana edad, no conoció la vida de familia, llegó a convertir el vivac del campamento, en casa, en nación y en gobierno, ahogándose en las ciudades y en los gabinetes administrativos. Y de ahí la gran falta cometida —falta que Napoleón no hubiera cometido jamás— de abandonar el cuidado del gobierno y de las finanzas, a los hombres ambiciosos y vulgares que lo rodeaban.

Hablaba con la decencia que imponen la grandeza y la gravedad de toda vida.

—¿Su idiosincrasia?

—¿Su idiosincrasia? Vanidoso como todo español, se demostró desde su niñez, altivo, con una individualidad marcada y un modo brusco de hacerse sentir, como si estuviese ya penetrado del inmenso rol que iba a desempeñar en el mundo. Siendo subteniente de milicias en Madrid, amenazó con su espada, en la puerta de Palacio, al oficial que, obedeciendo a órdenes superiores, quiso revisarlo. Más tarde, se negó rotundamente a besar el signo de la religión cristiana que el Papa llevaba en sus sandalias... La base de su carácter era el orgullo...

—Orgullo elevadísimo...

—...que si en ocasiones le hizo cometer actos atrabiliarios, a menudo fué la salvación de la causa americana, porque si Bolívar venció los elementos, las distancias, los pueblos, las razas, las inteligencias y los corazones, fué debido, sin duda, a su fortuna y a su energía indomable; pero, más que nada, a la ciega confianza que tenía en sí y que en él suplía a todo.

En las palabras del anciano parecía resonar la verdad. Como Leonardo aguardase ansioso, el anciano continuó:

—Espíritu finamente sensitivo y temperamento esencialmente aristocrático, tenía la seducción (ejerció sobre cuantos lo conocieron

una influencia extraordinaria, despertando en ellos una admiración sin límites) tenía la seducción, la palabra, el gesto, las debilidades y el genio múltiple de César; tanto, dice uno de sus historiadores, que leyendo a Suetonio, creemos leer su biografía. Blando y complaciente a veces y otras cruel y vengativo, jamás se traicionó a sí mismo, siendo consecuente aun en sus contradicciones. Enfático y teatral—amaba de tomar en los momentos solemnes, actitudes esculturales, llenas de plástica poesía—nunca expresó ideas vulgares, ni nunca predicó ideales que no tenía. Era austero, sobrio, activo, fervoroso, con un sentimiento instintivo y arraigado hacia el orden y la disciplina, siendo goetheano cuando Goethe prefería al desorden, la injusticia. Y tenaz como los vascos sus antepasados, y rencoroso, con un sublime rencor, como Aníbal, y valiente, con un coraje olímpico, como Alejandro. ¿No lo vemos, en lo recio de un combate ordenando que le desensillen el caballo?

—Siendo el hermano de Cortés, de los Pizarro, de Almagro y de Valdivia, es el hijo predilecto del Nuevo Mundo . . .

—El hijo predilecto, porque no hay un ejemplo comparable al ejemplo dado por él con su constancia inquebrantable y su invencible tenacidad. Es el más grande Prof. de energía que conozca la historia, según el pensar de uno de sus biógrafos. A raíz de haber iniciado la expedición al Perú, encontrándose enfermo y con un enemigo poderoso al frente, le dió a uno de sus generales, que le preguntaba cuáles eran sus proyectos, esta respuesta espartana:—:'Vencer". Era el símbolo viviente de Anteo. A veces, hallándose derrotado y sin recursos, lejos de descorazonarse, reunía un grupo de amigos o patriotas y se lanzaba con ellos de nuevo a la lucha. En otras ocasiones se expatriaba y cuando se le creía definitivamente vencido, aparecía de súbito iniciando una nueva campaña. "La Revolución es él"—escribía Morillo a su gobierno. Y es que, al cerebro formidable y al brazo poderoso de los conquistadores, unía el corazón ardiente y convencido de los apóstoles.

Guardó un pequeño silencio, para agregar enseguida:

—Fué revolucionario, montonero, caudillo, guerrero—guerrero más que militar—general, Presidente, dictador, escritor, sociólogo, legislador y tribuno. Otros han sido llamados: *Bocas de Oro;* él fué *La lengua de los milagros*. Como legislador, en su proyecto de Constitución para Bolivia, completó a Montesquieu, dividiendo el Poder en cuatro ramas: las tres ya conocidas por el derecho público y el electoral. Como sociólogo, dió lecciones de alta sabiduria politica en las que se halla el mejor programa de reformas sociales de América. Y en cuanto a sus proclamas, a sus discursos, a sus arengas y a sus cartas, ellos son, a pesar de su estilo conceptuoso, de una belleza activa y aguda en su vasto lirismo.

—Era el hombre encarnado, como lo llama Unamuno.

—El hombre encarnado, al cual su imaginación exaltada y su soberano poder creador, le permitían trazar planes de batalla, organizar ejércitos, legislar, redactar constituciones, dirigir la diplomacia de cinco Repúblicas, preparar Conferencias continentales, soñar con Ligas anfictiónicas, lanzar proclamas que iban a inflamar el alma apasionada y soñadora de sus pueblos, sostener una correspondencia particular fabulosa y dar a los poetas, oportunos consejos sobre el arte de hacer poemas. Y para asombrarnos más allá de la tumba, denuncia con la precisión de un vidente y la visión de un político, en un documento extraordinario que constituye el asombro del pensador, el porvenir de cada una de las Repúblicas de América.

—Con razón quienes lo conocieron lo llamaron: "La cabeza de las maravillas".

—Pero, superior a su cabeza, fué su corazón.

Al oír tales palabras, el joven experimentó una sensación de calidad extraña.

—Habladme de sus conquistas . . .

Como si las influencias de la gran tragedia hubiesen puesto en la sangre del brusco anciano la ebriedad que dan las nostalgias extremas, se irguió en sí mismo para decir:

—El Libertador, que igualó a Carlos XII en audacia, a Federico II en constancia y a Napoleón en la osadía de sus concepciones guerreras y en la rapidez con que ejecutó sus planes, sobrepasó a Tamerlan y a Gengis Khan en la extensión de su teatro militar, el más vasto de la tierra ("mis brazos abarcan mil leguas") y a Alejandro, a Aníbal y a César en las dificultades que tuvo que vencer, las más arduas que jamás haya encontrado un hombre, pues, no sólo necesitó luchar con un enemigo formidablemente armado y valeroso, sino que tuvo que formar el espíritu público, construir organismos sociales inexistentes, estrechar a los pueblos, dar unidad a la acción revolucionaria, organizar sus legiones, sofocar la indomable indisciplina de sus tenientes y la ambición desmesurada de sus rivales y, sobre todo, sobreponerse a la naturaleza de los trópicos, que teniendo la amplitud de un decorado homérico, le obligó a vadear los mayores ríos del mundo, a escalar las más altas montañas, a perforar el intrincamiento de las selvas vírgenes, a sufrir el rigor de los ventisqueros y la canícula de las pampas y a acampar en los más inclementes desiertos "Es el único hombre que haya creado de la nada"—dice de él uno de sus biógrafos ingleses. Y el coronel Hamilton, Comisionado Diplomático de Inglaterra, lo juzga por las dificultades vencidas y las condiciones desplegadas en la realización de su obra, "supereminente a cuantos héroes viven en el templo de la fama".

El anciano hizo una pausa y agregó:

—Su epopeya se compone de once campañas, de 37 batallas y de cerca de quinientas acciones de guerra, siendo seis veces derrotado, veinte y cinco a punto de perder la vida y dos próximas al suicidio. En Junin dirigió personalmente una carga de caballería que decidió la batalla y en Ayacucho, 14 generales enemigos le rindieron la espada. Como los caballeros medioevales, que lucharon tenaces hasta expulsar al moro invasor, Bolivar,—fabuloso caballero, como lo llama Montalvo—luchó inflexible, durante veinte años e inventando una guerra de prodigios, hasta romper las cadenas que ataban a todo un continente.

Hablaba con sumisa devoción. Y de pronto, en una continuidad de pasión razonada, exclamó con voz alerta:

—Bolivar es el genio de la libertad que, como dice César Cantú, salvó en América, con 500 hombres, las ideas liberales y los principios de la Revolución, que Bonaparte dejaba perecer en Europa con 500,000; es el genio de la libertad, que recorrió con la bandera de la redención, más tierras que ningún guerrero con la bandera del despotismo. Una sola de sus concepciones, la Gran Colombia, es más vasta que todas las conquistas de Napoleón. Independizó cinco repúblicas, dándole a una el nombre de Colón y a otra el suyo propio; ayudó a la liberación de todo el continente, porque fué la batalla de Ayacucho la que le arrebató a España definitivamente su inmenso imperio colonial; trazó planes para liberar a Cuba y Puerto Rico, planes que solo la celosa intervención de los Estados Unidos hizo fracasar y soñó con arrancar el Brasil al poder monárquico y volar luego hacia la Madre Patria, para implantar allí la República.

—Era bien el iluminado de la acción . . .

Y como el anciano callase, el joven continuó:

—Europa no conoce esa clase de hombres que, como Washington y Bolivar, son redentores, cuya obra de guerra no es otra cosa que una guerra de liberación y amor . . Roma y Grecia, sí, los conocieron . . .

—Lo que no impide que Benjamín Constant afirmase que si Bolivar moría sin haberse ceñido la corona, "sería en los siglos venideros una figura sin par".

—Se le acusa de ambiciones monárquicas...

—"Feliz el hombre del cual sólo pueden ser calumniadas sus intenciones"—dice Cantú, refiriéndose a Bolivar. Y en efecto: ¿qué actos de su vida dejan vislumbrar tales proyectos? ¿Es que otro hombre que él, habría sabido resistir a la embriaguez del inmenso triunfo alcanzado, cuando a raíz de haber sido proclamado por el Perú, Padre y Salvador y haber sido nombrado Presidente perpetuo, tuvo en sus manos la suerte de todo el continente, siendo el árbitro de sus destinos? ¿Y es que otro hombre que él, habría sabido resistir a las instancias de Francia y de Inglaterra, primero, y a la de sus lugar-tenientes después, pidiéndole que se ciñese la corona? El título de Libertador le bastaba, pues, era "el mayor de cuantos ha recibido el orgullo humano". Locura hubiera sido en él, degradarlo.

El anciano agregó tras una pausa meditativa:

—Su gran sueño era fundar un almácigo de Repúblicas de contextura férrea como Atenas, Esparta, Cártago, Roma, Florencia y Ginebra, para luego unirlas en una Confederación, a la manera de la liga aquea en la antigua Grecia. Habría sido la más grande nación de la tierra, una especie de República-Madre... Pero, pronto se dió cuenta de la irrealización de su proyecto, hasta el punto de compararlo al de aquel loco griego que quería dirigir la marcha de los navíos, desde la roca en la que yacía sentado.

—¡Qué mayor dolor que el de un iluso que pierde sus ilusiones!

— Idealista y romántico, murió lleno de pesimismo sobre el porvenir de las nacientes Repúblicas que, a raiz de un vergonzoso clamoreo pidiendo un rey, iban pronto a escandalizar la Europa con sus retozos democráticos.

—Menos feliz que Alejandro, asistió al estrepitoso derrumbe de su obra, disputada y despedazada por sus sucesores . . .

—Sin embargo, despedazada y todo, su obra, que según el decir de un pensador es "un momento feliz de la historia", aparece, por su resultado y trascendencia, como la más pura y la más completa, que haya sido realizada por los hombres, pues, ella adquiere cada día un mayor peso en la marcha del mundo. Y es que Bolivar, más que un creador de patrias, fué un creador de Humanidad.

—Con su obra pasa lo contrario de lo que pasa con la obra de Bonaparte . . .

—Lo contrario, porque la obra de Bonaparte, que militarmente fué efímera, cada día deja de ser menos vital, menos esencial y menos positiva. De Bonaparte no queda ya sino Bonaparte.

Se estableció un hondo silencio.

—Y ¿cómo fué juzgado por sus contemporáneos?

—Todos parecieron fascinados por su genio. Así vemos por las conversaciones que los diplomáticos extranjeros residentes en Madrid trasmitían a sus respectivos gobiernos la admiración que Bolivar inspiraba a sus propios ene-

migos. En cuanto a sus amigos, Humboldt le escribía:—"Las grandes y generosas acciones de V. E. son la admiración de ambos continentes." Y el antiguo miembro de la Convención, general Alejandro de Lameth:—"Sois el primer ciudadano del mundo." Y el austero Lafayette: —"De todos los hombres vivos y aun de los muertos, Washington os habría preferido." En cuanto al resto de sus contemporáneos, el gran tribuno O'Connel le envía su hijo para que admire e imite su ejemplo; José Bonaparte desea que el hijo de Murat sea su edecán; el sobrino de Koskiusko atraviesa el diámetro de la tierra por servir bajo sus órdenes, como así mismo un pariente del príncipe de Ispillante de Grecia; los holandeses lo comparan a Guillermo de Nassau; Bernardotte, rey de Suecia, dice con vanagloria, que entre él y Bolívar hay muchas analogías; Wellington lo tenía por un capitán extraordinario; el almirante francés Reveillére, lo llama "el genio militar más hábil que jamás haya existido"; el general Foy dice que Bolívar "es el ejemplo más noble de grandeza a que puede llegar un hombre"; Benthman sostiene que el Libertador "puede hablar con un peso de autoridad hasta ahora sin ejemplo en el mundo", y para De Pradt, arzobispo de Malinas y limosnero mayor de Napoleón, Bolívar es "el bienhechor de la humanidad" y analizando las "maravillas que ha realizado" le promete "el lugar más distinguido que haya ocupado el hombre ante sus semejantes".

Agregó con un acento concentrado:

—El nombre de Bolívar, como lo atestigua Emilio Ollivier, circulaba en Europa como sinónimo de libertad y fué con su nombre en los labios, que los revolucionarios tomaron París en 1830; es que Bolívar había pasado a ser, como dice Mancini, el símbolo del Ideal republicano en el mundo.

—Murió joven...

—De 47 años, pareciendo un sexagenario. Y es que, como esos divinos hombres del Renacimiento, vivió demasiado la vida, porque la vivió intensa y peligrosamente. A los 38 años, se le oyó decir:—"Estoy cansado de mandar."

Su acento adquiría una noble tristeza.

—Abandonado de todos, proscrito, difamado, indigente, es con el desterrado de Santa Helena, una de las figuras más patéticas que conozca la Historia.

La ardorosa desolación de sus palabras tenía un sentido lleno de fiebre para la incalmada avidez del joven.

—¿Cuándo fué la última vez que lo visteis?

—En el momento de salir de Caracas, ginete en una mula, para nunca más volver... "Todo es efímero en este mundo"—dijo con una extraña sonrisa, y en su rostro, de una expresión compleja, parecía aunarse la voluntad soberana, la indomable energía que lo caracterizaba, con una tristeza agriada, la agriada tristeza que produce la sabiduría de los hombres. Y también se adivinaba en él, la serena armonía que esparcen en torno suyo las fuentes intelectuales.

—No conoció la resignación feliz...

—No; pero hasta en el dolor fué grande, porque sus gritos en la desgracia, tienen la inmensidad de los gritos shakespirianos.—"He arado en el mar"—dice al saber el desgarramiento intestino de los pueblos que ha liberado. Y más tarde:—"La independencia es el único bien que hemos adquirido y a costa de todos los demás". Y luego:—"Si mi muerte contribuye a consolidar la unión de mis conciudadanos, bajaré tranquilo al sepulcro". Y enseguida:—"Jesús, don Quijote y yo, son los tres más grandes majaderos que ha producido la humanidad". Y por último, ya en los estertores de la agonía:—"Vámonos de aquí, que nos echan".

—¡Pobre y gran Bolívar!

Un silencio que parecía sin defensa, pero que ni Leonardo ni el anciano osaron romper, calló entre ellos como un ennoblecido duelo de patricios.

Leonardo Pena

(Envío del autor).

La vida maravillosa de Lafcadio Hearn

= De *Ideas y Figuras*. VIII. 1911. Buenos Aires =

(y 2.—*Véase la entrega* 21).

4.—Fué en 1890 cuando Lafcadio Hearn llegó al Japón. El momento era oportuno para un observador curioso e inteligente. La vida oriental, siempre nueva, para un espíritu sagaz como el del admirable conocedor de las más extrañas literaturas, ofrecía aspectos curiosos y sorprendentes. Hearn llegaba bien pertrechado, pues en su bagaje de artista y de observador figuraban profundos conocimientos sobre la vida oriental.

Se hallaba, individualmente, en la mejor de las condiciones. Tenía la edad propicia a toda obra de aliento. Acababa de entrar en los cuarenta años, propicios a toda empresa que exija fuerza y voluntad además de experiencia y celo.

Llegaba en una época altamente favorable. El Japón despertaba de un sueño de siglos. La política reformista triunfaba y al extranjero ya no se le consideraba como un enemigo, Inglaterra tenía para el Imperio del Sol Levante agasajos y atenciones extremadas, presintiendo la formidable potencia que había de ser.

Los puertos japoneses se abrían al comercio universal mientras comenzaban a aparecer en el horizonte político las tempestades que cuatro años más tarde producirían la guerra con China. La prensa británica presentía graves acontecimientos y el estudio del Japón aparecía como una necesidad.

Lafcadio Hearn, a poco de llegar, riñó con el editor y se encontró en un país absolutamente extraño, semibárbaro, atraído a él por su amor a lo exótico. Algo tal vez murmuró a su oído las palabras de la vieja leyenda, porque jugando el todo por el todo resolvió permanecer en el Imperio. Acababa de dictarse una ley declarando obligatoria la enseñanza del inglés y Lafcadio Hearn obtuvo un empleo en cierta villa modesta y lejana, sumida en el interior de una provincia.

Hubiera sido malo para cualquier otro, no para Hearn cuya vida estaba dentro de una regla misteriosa. Para él era casi la victoria, el triunfo, la realización de todo su ensueño. La provincia japonesa era todavía en aquel tiempo el viejo y feudal Japón de los samurais. Todo lo pintoresco del Japón extraño y misterioso podía verse todavía en las aldeas de la provincia a donde se le había relegado. No tuvo una queja, no esbozó una protesta; comprendió tal vez que era ese el destino preparado para él y lo aceptó buenamente, serenamente.

Le sedujo el pueblo japonés, correcto, franco, noble, con su llana filosofía natural, con su estética pura e idealista. Hearn vivió con el pueblo, estudió sus costumbres, analizó sus características, observó sus defectos. Y sus trabajos literarios, proseguidos en la dulce calma del profesorado, en esa calma silenciosa, hecha de respeto, que rodea a los maestros en Oriente, fueron trazando la serie más completa y acabada de ideas que sobre el Japón se han escrito.

¿Qué le sedujo en aquella tierra? Nada; quizás todo. Su espíritu errabundo comprendió que había llegado el momento de echar anclas al barco de la fantasía y buscó ambiente propicio hallándolo en aquel escenario de rarezas, en aquel medio de exotismos. «El primer encanto, escribe en su libro *Glimpses of un familiar Japan*, es intangible y volátil como un perfume. Es como la aparición de un duende; casas e individuos aparecen pequeños, raros, misteriosos: las casitas con sus techos azules, las pequeñas fachadas de las tiendas, pintadas de azul y las personillas sonrientes con sus trajes azules. Y de pronto, al encontrarme en un portal con esculturas mágicas, me sorprende una sensación curiosa: la sensación del ensueño y la duda. Me parece que la escalinata y la puerta con sus dragones, y el cielo azul formando un arco sobre los techos de la ciudad, y el Fugi hermoso como una aparición, y mi sombra misma que se dibuja sobre la muralla gris, todo eso debe desvanecerse en un momento.»

Era esa, en verdad, la impresión que a un espíritu como al de Lafcadio Hearn debía producir el Japón, al encontrarse en él como en un país de ensueño después de haber rodado por medio mundo. Debía ser así, una impresión de duda, creyendo en quiméricas visiones soñadas. ¡El Japón después de las locuras imaginadas en las Antillas, después de la exasperación intelectual de años enteros de lecturas exóticas!...

Y Lafcadio Hearn, que vió en torno suyo cosas tan extrañas como las que soñara, quiso aferrarse a ellas, cogerlas con ambas manos, en el temor desesperado de verlas disiparse, convertidas en visiones impalpables. Era aquel un ambiente propicio a sus ensueños y decidió ya definitivamente, plantar allí su tienda rompiendo para siempre las relaciones que le unían con el Occidente. Ya no más libros extraños; ya no más quimeras imaginadas. ¿Para qué? La realidad, más bella siempre cuando responde a los anhelos del corazón, estaba con él.

Lafcadio Hearn contrajo matrimonio con la hija de un viejo samurai, muy noble y muy pobre. Llamábase la esposa Setza Koizumi. Koizumi en japonés quiere decir «Pequeña Primavera.» Y el hogar del maestro de escuela floreció, en esa extraña mezcla que hacía recordar su propio nacimiento, aunque esta vez no fué la conquista sino el amor lo que aproximó dos corazones.

Hearn hizo más; para tener el derecho de dar su nombre a los suyos, se naturalizó japonés y allá en una pequeña casita rodeada de jardines, vivió feliz con su esposa, que le enseñaba el idioma del país y le relataba historias extraordinarias que hacían su encanto.

La vida era pobre, en esa larga serie de deberes que arroja la costumbre japonesa sobre el marido: «Piensa,—escribía a un amigo,—que nueve existencias corren desde hoy a mi cargo, sostenidas por mi trabajo: mi mujer, la madre de mi mujer, el padre de mi mujer, la

madre adoptiva de mi mujer, el abuelo, los criados y un estudiante budista. ¿Qué dices de esto? En América no sería posible. Pero, aquí...» Allí todo era posible porque la ilusión le rodeaba; no era aquel un mundo real, y además, las prácticas del funcionarismo japonés le llevaban siempre de un lado a otro del Imperio, haciéndole conocer todas las características de aquel pueblo.

Luego vinieron los años tristes y gloriosos: la guerra con China, el cólera. Lafcadio Hearn se hizo popular, fué querido, respetado. En el duro sacrificio de todo un pueblo, no fué de los últimos. Y el proverbio chino «Ni la sombra de un maestro debe ser pisada», se cumplía con él, rigurosamente ayudada por el cariño de cuantos le trataban. Se asimiló el vivir de aquellas gentes, cuya sencillez compartía y no fué nunca el extranjero de instintos dominadores: fué siempre el amigo leal, cariñoso, que llena su corazón de bondad y tiene para todos la inmensidad de un puro afecto inagotable

Supo comprender al pueblo japonés y en sus libros todos, *Kokoro*, *Glimpses of un familiar Japan*, *Gleanings in Buddha-Fields*, *Out of the East* y en sus maravillosas cartas que recogió después en un tomo la fraternal admiración de Elisabeth Bisland, dió al mundo la síntesis exacta, definitiva, de lo que era el Japón, de lo que valía y pesaba ya en el equilibrio de las naciones civilizadas.

Setza Koizumi dióle varios hijos; el primero, recibió el nombre de Kazno, que significa «el primero de los buenos», «el mejor de los mejores.» Su popularidad se extiende y poco a poco entra en el alma de aquel pueblo, hasta entonces herméticamente cerrado a toda intromisión espiritual extranjera.

Ya ha realizado casi todos sus ensueños, casi todo su ideal está cumplido. ¿Qué falta? Vive en la paz de un hogar dignificado por el trabajo, en la dulzura inapreciable de un rincón de arte y de leyenda, no ficticio como aquellos de sus quinientos libros maravillosos, sino vivo, real, palpitante, en la ruda pero hermosa realidad, en la trabajosa pero noble vida del amor y de la esperanza.

Los escritos comienzan a propagarse por el Imperio, el *Japón Mail* inserta sus observaciones sobre la vida japonesa y se acompaña con curiosidad complaciente la buena labor de ese hombre que ama con tan grande entusiasmo la tierra sagrada.

Abandona sus demás trabajos literarios y en aquella época no tiene más que un propósito: ahondar más y más en el alma de ese pueblo, fuerte por sus virtudes, noble por su religión, capaz de sacrificios que a nosotros, occidentales, nos parecen absurdos.

Hearn dió un día a sus discípulos este asunto para un ejercicio didáctico: «¿Qué preferirían sobre todas las cosas de la tierra?» La inmensa mayoría respondió: «¡Morir por nuestro Emperador sagrado!»

Esta fuerza espiritual colectiva encantaba a Hearn, cuya vida trabajosa había sido todo lo contrario. Y ese mismo contraste, en el declinio de su vida, le hacía amar con más intensidad todo lo que no se le asemejaba.

Es preciso leer sus obras para formarse cuenta exacta de lo que pueden la buena Fé y el entusiasmo al servicio de un grande amor. Lafcadio Hearn amaba al Japón, primero como un bello espectáculo; después sentimentalmente y acabó por ver su alma asimilada al alma colectiva, hasta adherirse al budismo, hasta sentirse japonés, tan japonés como los nacidos en el Imperio, pese a su educación latina, pese a su existencia de andanzas y aventuras por todos los climas.

Ese proceso es el de todos los que han vagado por la tierra en sus años juveniles, atraídos y repelidos a un tiempo por centenares de ideas, pasiones y sentimientos. La simultaneidad de estos choques les permite el equilibrio; pero si un día éste se rompe caen donde buenamente puedan,—estos en el vicio, aquellos en el crimen, otros en la baja vulgaridad de las vidas anónimas. Felices los que como Lafcadio Hearn han tenido el recuerdo de un ensueño infantil, y en la hora amarga han encontrado a su lado una Pequeña Primavera que les salvara del mal. Felices los que han conservado el ensueño idealista y han hallado a su alcance la consoladora doctrina de un amor correspondido y de una patria nueva...

5.—Las observaciones de Lafcadio Hearn se concretaron en una serie magnífica de volúmenes que constituirán por mucho tiempo la síntesis más acabada de un pueblo y de una raza en determinado momento de su vida. Pero, entre todos esos libros ninguno tan característico ni definitivo como el que lleva por título *Kokoro*, escrito, durante los cinco primeros años de su residencia en el Japón, siendo por esto mismo el más espontáneo y natural.

En los otros libros Lafcadio Hearn pudo haber sido más profundo. Indudablemente, a medida que avanzaba en sus conocimientos del idioma y de las tradiciones, a medida que se asimilaba al vivir japonés adaptándose a las costumbres del pueblo cuya nacionalidad había adoptado, Hearn hallábase en mejores condiciones para dar de aquel ambiente notas más exactas, más fieles a la realidad. Mas no eran tan espontáneas, no traducen—al pensamiento occidental—todas las complicaciones y sutilezas del alma de Occidente que *Kokoro* tiene en tan alto grado, siento por esto uno de los libros más encantadores de cuantos se han escrito sobre el país maravilloso del Sol Naciente.

Kokoro, impresiones de la vida íntima del Japón, es un libro único como interpretación del espíritu de un pueblo y por esto le cuadra maravillosamente el título, tan extraño para nosotros, pues aquella palabra «significa también alma (en sentido emocional), espíritu, valor, resolución, sentimiento, afección y sentido íntimo, lo que nosotros llamamos *el corazón de las cosas*». *Kokoro* es el único libro de Lafcadio Hearn traducido al castellano. [1].

Hay que detenerse un poco ante este libro, que parece ser la más fiel expresión del alma de su autor, complicada en su vivir, tan sencilla en su intimidad. Hay que detenerse ante él para comprender en toda su real y verdadera importancia la acción de Lafcadio Hearn en aquel país y su influencia en la cultura japonesa.

Artista de corazón, periodista de oficio, obligado a relatar casi de inmediato los hechos apenas entrevistos, después de una somera observación superficial, Hearn llega al Japón. Camina, viaja, estudia. El ambiente exótico, el fondo legendario que anima todo lo japonés, lo atraen con poder irresistible. Rompe con el editor y pasa a observar por cuenta propia y en la decisión de radicarse definitivamente en la tierra donde sus ensueños parecen haber cobrado forma real y tangible, interioriza cada vez más en la esencia espiritual que es la base de los pueblos de Oriente y las páginas que habían de ser volanderas y superficiales, se hacen momento a momento más serias.

Así *Kokoro*, por una de esas reacciones tan naturales en el verdadero artista cuando puede dejar correr sus personales sentimientos, es un libro que hace no sólo conocer el Japón pintoresco, sino amar al fuerte, noble, virtuoso, y grande pueblo japonés.

El primer episodio relatado por Hearn, esa patética escena de la estación de ferrocarril en que se vé a un empedernido criminal llorando ante el hijo pequeño de una de sus víctimas, es el que da el diapasón del libro entero. Toda la obra y con ella toda el alma japonesa está ahí. Ese episodio sencillo y conmovedor resume la vida japonesa, construída sobre una sólida base de tradición de orgullo, sostenida por una recta justicia en que la moral individual es el más firme sostén de una recia moral colectiva.

Al día siguiente de firmada la paz con China, después de aquella guerra que fué un paseo militar, Lafcadio Hearn esbozaba el plan de una gran política, inspirándose en la comprensión del estado de espíritu del pueblo entero. Cuando en toda Europa los hombres de estudio más eminentes se asombraban de la rápida asimilación japonesa, que en treinta años había adoptado sin vacilaciones, las conquistas científicas de occidente, decía él: «El psicólogo comprende que esto no puede significar la adición al cerebro japonés de algunos órganos o poderes previamente ausentes de él.» Y observa que si el Japón ha asimilado casi todas las manifestaciones de la civilización europea, no lo ha hecho por ellas mismas, sino por los medios que representaban. El Japón continuó como era antes, sin signos visibles de esa asimilación porque «la fuerza del Japón—dice—lo mismo que la fuerza de su antigua fé, necesita poca ostentación material; ambas fuerzas existen donde existe el poder más profuddo y más real de todo gran pueblo: en el alma de la raza.»

Así se advierte que la vida íntima japonesa no tiene importancia para nosotros, occidentales que nos pagamos de exterioridades brillantes. «Nosotros construimos para la persistencia, dice Hearn, los japoneses para la impermanencia.» Y lo mismo que los objetos usuales de la vida diaria, sin valor en el Japón, es la vida, la personalidad, lo que explica esa admirable cohesión de raza que llevó a tantos millares de soldados a la muerte en la guerra con Rusia, sin una sola queja, sin presentir siquiera que *aquello* era un sacrificio.

Es la perduración del budismo lo que da al Japón esa fuerte solidaridad espiritual que luego se traduce en grandes actos colectivos. El budismo, enseñando que el universo es una ilusión, la vida un alto momentáneo, ha moldeado el alma japonesa en esa forma. Poco importa que otras doctrinas religiosas se hayan introducido en los últimos tiempos; el budismo persiste, arraigado al espíritu del pueblo que por medio de él ha visto en todo lo existente formas antiguas de una significación eterna».

De ahí su moral, tan llena de aspectos sorprendentes para nosotros; de ahí su arte, ese arte de que nos hablaba hace poco tiempo Ramiro de Maeztu, [1] todo ritmo, todo vida; de ahí esa política, tan vigorosa, fuerte, im-

[1] Traducción de Julián Besteiro. Madrid. 1907.—Biblioteca Científico-Filosófico». Daniel Jorro, editor.

[1] *El arte oriental en Londres*, artículos publicados en *La Prensa*, 20 y 29 de julio de 1910.

perialista, es decir, librada por entero al servicio del pueblo, como lo explicaba recientemente Ludovic Nadeau en su libro *Le Japon moderne.*

El pueblo, sobrio y fuerte, es también un pueblo digno. Ante todo es un pueblo que goza de un enorme bienestar económico, en relación a los pueblos occidentales y esto hace que su espiritualidad se mantenga vigorosa, uniendo a todos en un mismo pensamiento. Obra siempre que puede y al obrar lo hace con decisión enérgica, rápidamente. Pocos años le bastaron para mitigar los daños de la guerra con China; apenas pudo se lanzó sobre Rusia, — cosa prevista por el mismo Hearn en 1895—ahora, en cuanto tenga recursos para ello y sienta la necesidad de extenderse, a costa de cualquier país que sea, lo hará también sin vacilar.

El budismo, que no desaparece, consolida la raza y la vigoriza; más aún, aproxima el japonés a los demás pueblos orientales y le hace fuerte en la lucha material. En lo espiritual hace del Japón un pueblo lleno de dulce y suave poesía

Lafcadio Hearn se ha sentido fascinado por la poesía latente en todo lo japonés, por ese ritmo vital que anima todo lo existente. Y en su libro *Kokoro*, en ese magnífico libro se ven pruebas irrecusables de ello.

Cuando relata la historia de *La monja del templo de Amida*, cuando cuenta la leyenda de *Haru*, cuando habla de *Kimiko*, la hermosa bailarina de bello rostro y noble corazón, Lafcadio Hearn se deja arrastrar por ese encanto de lo Poético, que persiste en él, como en los días infantiles en que a orillas del mar jónico oía de los labios maternos los encantamientos de la leyenda griega.

Y esa poesía le lleva a estudiar el culto de los antepasados, tan arraigado en el japonés, y que en su alma florecía maravillosamente. Estudia la disciplina que en todo tiempo ha mostrado aquel pueblo—probada en la guerra con Rusia y que luego las tendencias socialistas hicieron casi vacilar sobre su pedestal de siglos. Y en todo descubre esa extraña unidad, esa asimilación que hace del rudo y bravío individualismo japonés la obra más sólida de colectivismo que puede ofrecerse a la admiración y al ejemplo de los demás pueblos.

Hay en *Kokoro* una visita a cierto comerciante inglés que había logrado formar una colección de viejos ídolos. Hay que leer esas páginas en que el poeta ve y toca los bronceados Budas que en otro tiempo merecieron la adoración de las masas, y meditar las reflexiones que esa visita le sugiere.

En uno de los Budas hay este lema: «En todo el mundo no hay un lugar, ni siquiera del tamaño de un grano de mostaza, donde no se haya transfundido su cuerpo por amor a las criaturas.»

Y Lafcadio Hearn comenta:

«En aquel momento me pareció repentinamente que esto era verdad. Porque el Buda del budismo más profundo no es Gautama, ni tampoco Tathâgata, sino, simplemente, lo divino en el hombre. Todos somos crisálidas del infinito; cada uno contiene un Buda espiritual, y los millones de Budas no son sino uno. Toda la humanidad, es, potencialmente, el Buda por venir, soñado al través de las edades de ilusión, y la sonrisa del Maestro hará bello el mundo otra vez, cuando haya perecido el egoismo. Cada noble sacrificio aproxima la hora de su despertar, y ¿quién puede razonablemente dudar (recordando las miriadas de siglos de la vida del hombre) que, aun ahora, exista algún lugar en la tierra donde la vida no haya sido libremente sacrificada por amor o por deber?»

Estas ideas, latentes en el budismo, aceptadas por su espíritu, fatigado del mal contemporáneo, hicieron de él un budista convencido La asimilación era completa: primero el amor de Pequeña Primavera, luego la ciudadanía por el nombre de Kazno, y por fin la religión por la paz de su conciencia.

El milagro estaba realizado. Fué en tierras del Sol Levante donde el peregrino salido de Grecia halló el consuelo que la madre dolorida le profetizara en los días ya lejanos de su edad infantil.

6.—Pasan los años: Lafcadio Hearn vive por entero entregado a su labor de estudio que es también de enseñanza y asciende gradualmente en la estimación de ese mismo pueblo que tanto adora. Se hace popular; le estiman todas las clases sociales y tiene la satisfacción de ver que sus libros se popularizan. La Universidad Imperial de Tokio le llama a su seno para dar una serie de lecturas y conferencias. De pronto, en medio de los grandes éxitos, se produce un incidente, uno de esos pequeños incidentes de que está lleno el mundo burocrático: crisis ministerial, afan de economías, lo que fuere y la cátedra de Lafcadio Hearn queda suprimida. Recurre a los poderes superiores, protesta y se le niega todo, hasta el derecho de percibir una pobre jubilación...

Se hace la sombra donde todo era luz; vuelven los días interminables de las grandes tristezas; se reproducen las viejas necesidades, agravadas en el caso presente por los muchos que fiaron su vida a la inteligencia y laboriosidad del soñador.

La vida se presenta dura, pues las facilidades del vivir japonés sólo son tales para quien ha nacido en ellas. Hay un momento de angustia en su alma: pero, pronto se fortalece. La esperanza no le abandona y algunos rayos de sol vuelven a iluminar su espíritu. Pero ¡ay! ese regreso a la vida cruel de los principios no se hace sin dolor. La salud del hombre se resiente y se manifiestan en él los primeros ataques de un mal gravísimo: la parálisis.

Apesar de todo se resiste, lucha, combate con febril actividad, aprovecha sus días, sus horas, sus minutos, en un trabajo desesperado que hace presentir el fin próximo. No era ya el clásico «nulla dies sine linea», sino al apresuramiento loco del que vé como la vida se le escapa.

El mal avanza. La miseria aumenta. Y en la desesperación del impotente el soñador recordaba las viejas palabras maternas del regreso prometido. Parecía, efectivamente, que su vida desandaba el camino con su inaudita velocidad de las cosas soñadas, como si antes de acabarse tuviera que revivir lo pasado.

Al mismo tiempo, como un sarcasmo, como una burla, llegan de todos los centros intelectuales felicitaciones y aplausos por su labor. Inglaterra, América, se vuelven con entusiasmo al gran literato que en su idioma ha dicho cosas bellísimas revelando mundos ignorados. Se aperciben de su genio y pretenden atraerle, hacerle suyo, demasiado tarde...

Por fin, un día, a la pequeña casa donde el soñador se debate en la más horrible de las angustias morales, llega una invitación de la Universidad de Oxford.

La famosa Universidad se inclina ante el genio del escritor ayer desconocido, invitándole para dar una serie de conferencias. ¡Es la gloria,! y con la gloria el bienestar, la tranquilidad, el medio para las grandes obras soñadas! Demasiado tarde...

Una actividad febril le arrastra. Ya no vive más que para el viaje, para el gran viaje, primero a la Inglaterra madrastra que le vió vagabundo y miserable, luego a Grecia, a revivir las horas inolvidables.

Pero el viaje ha de ser otro. La gloria, el bienestar llegan demasiado tarde. El golpe ha sido muy rudo, la transición demasiado violenta, y a los pocos días de recibido el pliego en que Oxford se comprometía a recibir al autor de tantas obras maravillosas; Lafcadio Hearn moría en la pompa esplendorosa de un otoño, en la paz de una tarde dulcísima, entre el silencio y el respeto de los suyos.

Era el 29 de setiembre de 1904.

«Me placería, cuando llegue mi hora, había dicho en *Kwaidan*, que se me sepultara en algún viejo cementerio búdico, semejante al antiguo cementerio que se halla detrás de mi jardín.» Su deseo fué cumplido. Y aunque, repentinamente, en esa extraña reacción que se opera en todas las colectividades, el Japón entero se hubiera dado cuenta de la enorme pérdida, nadie se atrevió a alterar su voluntad.

Grandes honores fueron dictados para llevar su cuerpo al humilde lugar escogido. Y de acuerdo con el ceremonial budista se le llevó a la sepultura. El cortejo se desarrolló, extenso, enorme: abrían la marcha portadores de grandes linternas blancas, seguían otros con guirnaldas de mirto, otros que conducían ramilletes de crisantemos. Venían después hombres con largas pértigas en cuyo extremo flotaban banderolas de papel. Dos niños conducían una jaula con pájaros que habían de libertarse junto a la tumba, símbolo del alma que deja la prisión terrenal. Y luego los estudiantes, respetuosos del maestro inolvidable. Y por fin la masa anónima, que le admiraba por su vida ejemplar, por su afabilidad, por su asimilación perfecta al espíritu de un pueblo y de una raza tan poco semejante a su raza y a su pueblo.

Era en los días tumultuosos de la guerra con Rusia. Las grandes hazañas llenaban el ambiente.

El imperialismo ardiente de un pueblo digno inspiraba todas las acciones. Lafcadio Hearn había sido amigo fiel de ese pueblo, había adoptado su nacionalidad, había amado una de sus mujeres, adoptando sus costumbres, su religión y su fé en lo porvenir. Como último homenaje, como afirmación viril de un pueblo y ratificación suprema de una vida, la corona que sobre la tumba de Lafcadio Hearn depositaron los estudiantes, tenía una inscripción que decía así:

A la memoria
de
Lafcadio Hearn,
cuya pluma era más poderosa
que las armas de la nación triunfante
a la que amaba,
donde ha vivido
y
que se honra
de haberlo adoptado como ciudadano

Esa corona era una rama de almendro que floreció sobre la tumba, como tributo del Japón renaciente al hijo de la Grecia muerta.

Esta fué la vida de Lafcadio Hearn, sin patria, sin familia, sin hogar: vagabundo en Inglaterra, miserable en Norte América; levantado de la nada por su propio esfuerzo, hasta alcanzar los más altos honores intelectuales que es posible obtener de la actual civilización.

Soñador impenitente, con el atavismo del descontento en el alma, recorrió la Europa y la América. Algo le empujaba a ir más lejos, y después de haber soñado todas las fantasías que guardan los libros antiquísimos; y aún después de haberlas superado en dos o tres libros maravillosos, buscó la realidad, yendo a un pueblo desconocido, semi-bárbaro para nosotros, hallando en él su verdadera patria.

Si la patria es el amor, tuvo en el Japón a Setza Koizumi, la risueña y encantadora, la Pequeña Primavera de que nos habla en uno de sus libros. Si la patria es la familia, sólo allí la tuvo. Si es la religión, allí la encontró, racional, digna, capaz de aceptar las enseñanzas científicas sin menoscabo de su doctrina de paz y de fraternidad humanas. Si es la satisfacción de un medio propicio al ensueño, donde la actividad natural del individuo halle justa y digna expansión, allí produjo sus obras, grandes, fuertes y bellas.

Desde los días lejanos de la infancia tuvo Lafcadio Hearn una fatalidad que cumplir: buscar esa tierra de ensueño anhelada por la joven griega que enamoró el extranjero conquistador en las playas jónicas. Siguió el camino del sol siempre hacia Occidente. Pero, llega un momento en que el Occidente se transforma en Oriente y el Nuevo Sol alumbra la esfera. El *regreso* es una ficción del vivir, una mentira del espíritu. Pero hay también en la vida un límite, un punto de reposo. En él planta su tienda el viajero, echa el ancla el navegante, y vive, es decir, muere.

Que todos, como Lafcadio Hearn, soñador de los grandes ensueños, encuentren una Koizumi y un hogar para el ensueño. Es toda la felicidad.

Juan Mas y Pi

20 de julio, 1911. Buenos Aires.

LETRAS ITALIANAS

Del perdon y el olvido

(Trad. y envío de *José Fabio Garnier.*)

Perdonar y condenar son términos correlativos que tienen significado, en el campo meramente utilitario antes que en cualquier otro. Ss puede iniciar una acción que cause daño a un individuo, suspenderla enseguida y hasta preocuparse por destruir sus efectos: condenar y perdonar. Por ejemplo, se puede (como antes se hacía) llevar al delincuente hasta el patíbulo, y anunciarle allí mismo que le ha sido concedida la gracia. Son dos acciones conexas, sí, pero distintas, que tienen, una y otra, un muy diverso motivo utilitario.

Pero, en el campo moral, la acción de condenar y la acción de perdonar no son dos sino una sola. Toda condena es un perdón, es decir, una invitación y un auxilio para redimirse; y todo perdón, por el mismo razonamiento, es una condena. No hay otro sentido diverso de éste, en el perdón. Los dos momentos son indivisibles, como lo son la afirmación y la negación.

Contra esa unidad de los dos momentos pecan, si bien en opuesto sentido, tanto aquellos que condenan y no perdonan cuanto aquellos que perdonan y no condenan: los que guardan rencor y los tolerantes. Los primeros condenan y aborrecen hasta más allá de la tumba, esto es, aún hasta cuando ya no hay lugar ni para la condena ni para el perdón, hasta el momento en el que debe hacerse valer solamente el juicio sereno de lo pasado. Y ese detalle descubre su contradicción. Porque si es cierto que ellos han sido provocados en su origen por un motivo moral, también es cierto que lo han perdido de vista enseguida o lo han manchado con sentimientos de venganza personal; descendiendo así de la esfera ética a la meramente utilitaria. Los segundos, los tolerantes, no condenan nunca, no por bondad de corazón (la verdadera bondad es deseo de bien), sino porque no quieren tener molestias, porque no desean provocar luchas o disgustos, en una palabra, porque buscan la propia comodidad; también ellos, aceptado que al principio hubiesen sentido en el alma una tendencia generosa, la pierden enseguida y descienden a la esfera utilitaria. No me detendré en mostrar cómo ese proceso de condena y de perdón, con las relativas perversiones unilaterales, descritas por mí en las relaciones de un individuo hacia otro, tiene lugar también, en idéntica forma, en un mismo individuo. Existen, en verdad, los indulgentes consigo mismos y los autoatormentadores despiadados; sobre ambos, está el hombre que se condena a sí mismo y no pierde la fé, procurando hacer las cosas cada vez mejor.

La condena que es perdón, y el perdón que es condena forman lo que se llama también expiación; ésta no consiste, como es sabido, sino en cambiar las propias disposiciones de ánimo, dando amplitud y fuerza cada vez mayores al hábito moral. Cuando esto ha sucedido, cuando se ha adquirido conciencia de que somos incapaces de caer de nuevo en la falta cometida, cuando el delito aparece ante nuestros ojos como un pasado lejano que nos es extraño, cuando nos preguntamos, casi sin comprender bien la interrogación, cómo pudimos hacer aquello que hicimos, entonces se ha expiado de verdad y nuestra culpa está redimida. Los modos y la duración de la expiación no se pueden determinar *a priori*, como claramente se vé hasta en algunas fórmulas religiosas: hay pecadores que no logran salvarse si no a costa de una entera vida de áspera disciplina, así como existen otros que se rediman con una lágrima tanto más pequeña cuanto más ardiente y purificante es. Por otra parte, la Iglesia, en cuanto instituto jurídico semejante al Estado, ha querido determinar modos y la duración de la expiación, de donde resultaron las prácticas expiatorias. Todas éstas, materializando el proceso espiritual, convirtiéndolo de interno que es en externo, caen también en el campo utilitario. El perdón llega a ser algo que se concede en cambio de cierta determinada acción que se lleva a cabo en beneficio de quien fué ofendido o de quien lo representa. Contra esta materialización (contra las indulgencias) se rebeló el espíritu ético de la Reforma, primera manifestación, en los tiempos modernos, de una más profunda filosofía moral.

Con la expiación, se dice, que el mal queda borrado; en realidad lo que se afirma es que se ha expiado el mal, nada más. Porque borrar, en el sentido de anular lo que ha sucedido, lo que ha dado lugar al proceso de expiación, es algo manifiestamente absurdo. Ni siquiera en el borrar material que se hace de una escritura en un papel en el que aparecía, puede hacerse que lo que estaba escrito no lo haya sido. Se podrá hacerlo invisible pero anularlo no.

En este caso (se observará) si es posible perdonar, es imposible olvidar: las ofensas estarán eternamente presentes ante nuestra conciencia. En realidad, es imposible olvidar, si por olvidar se entiende la absoluta extinción del recuerdo del mal, lo que significaría extinguir el hecho mismo, mutilar la realidad destruyendo un eslabón de su cadena, eliminando un momento de su existencia. Pero es posible olvidar en sentido relativo. Porque, ¿qué es lo que recordamos? Las cosas que nos importa no olvidar, las que representan problemas para nosotros aún no resueltos. Pero cuando un proceso ha concluido se le olvida en sentido relativo ya que nos desinteresamos de aquel pasado que es un problema resuelto; de él nos acordaremos de nuevo cuando tenga conexión con un nuevo problema que se nos presente como en el caso en que un individuo caiga nuevamente en la misma forma de pecado otra vez cometido y que parecía ya expiado.

¿Y quiénes son aquellos que nunca olvidan y aquellos que siempre olvidan? Ya los conocemos: los rencorosos y los tolerantes, que se presentan con disfraces nuevos. Los rencorosos dicen que pueden perdonar pero que no les es posible olvidar; el hecho es que no perdonan, que nunca supieron ni sabrán perdonar con plena sinceridad de alma. Los tolerantes afirman que ellos perdonan y olvidan a un tiempo mismo: en realidad nada tienen que olvidar puesto que nada han recordado del mal, no han condenado la falta al lado de la cual pasaron con ligereza suma y con suma despreocupación. A veces nos sucede encontrarnos ante esa aparente bondad y ante esa generosidad aparente y ante ellas dudar y contra ellas indignarnos porque indignación produce el que haya hombres «que no sienten las ofensas». Para perdonar con sinceridad es preciso, antes, haber sentido la ofensa.

Benedetto Croce

(Páginas 29 a 32 del libro *Frammenti di Etica*, editado en Bari en 1922 por G. Laterza e hijos.)

Desasimiento de Rosalía

= De *La Prensa*. Buenos Aires, R. A. =

Existen espíritus de tal suerte constituídos, que se dirían identificados con el sufrimiento, o, de otra manera, nacidos para sufrir. Sólo así puede explicarse la perfecta correspondencia que media entre esas almas y el mundo misterioso que las circunda. Sus sentidos penetran más allá de la dimensión física de las cosas y establecen relaciones y correspondencias que avanzan en lo ultrasensible. Una de esas almas era Rosalía de Castro.

Acercarse a la intimidad de Rosalía equivale a identificarse con el dolor. Un dolor apagado, sordo, constante; dolor que no protesta ni padece casi, pero dolor al fin.

Alguns din, ¡miña terra!
din outros, ¡meu cariño!
y éste ¡miñas lembranzas!,
y aquél, ¡ou meus amigos!
Todos sospiran, todos
por algun bén perdido.
Eu só non digo nada,
eu só nunca sospiro,
qu'o meu corpo de terra
y o meu cansado espíritu
adondequer qu'eu vaya
van conmigo.

(Dicen unos, ¡mi tierra!,
los otros, ¡mi cariño!,
éste evoca nostalgias
y dice aquel: ¡oh amigos!
Todos suspiran, todos
por algún bien perdido.
Mas yo no digo nada,
yo por nada suspiro,
que mi cuerpo de tierra
y mi cansado espíritu
adonde quiera vaya
van conmigo).

Suspirar, ¿para qué? ¿Acaso no es el suspiro una protesta inhibida que pugna por manifestarse? No; lo que a Rosalía hace sufrir no es el dolor, sino el cansancio de su espíritu. Su «cuerpo de tierra» es lo que le pesa. Hace ya tiempo que su espíritu—su vidente espíritu—se halla desasido de la materia; lo que le liga todavía a ella, no radica tanto en las cosas cuanto en el «sentimiento» de las cosas. No está tanto en la tierra, como en el «sentimiento» de la tierra.

Pero oigámosla, oigámosla.

Cand'un he moi dichoso, moi dichoso,
¡incomprensibre arcano!
Cáxeque—n'e mentira anqu'o pareza—
ll'a un pesa d'o ser tanto.

(Cuando uno es muy dichoso, muy dichoso,
¡incomprensible arcano!
casi que—no es mentira aunque parezca—
le pesa serlo tanto).

Un filósofo hubo con quien, tal vez sin saberlo, coincide en esto Rosalía de Castro: Schopenhauer. Tambien Schopenhauer hacía recaer en el dolor la sustancia única de la vida. «Si no tiene por objeto inmediato el dolor, puede decirse—escribe—que nuestra existencia no tiene ninguna razón de ser en el mundo». Y Rosalía dirá:



Rosalía de Castro

Que no fondo ben fondo d'as entrañas
hai un deserto páramo
que non s'enche con risas nin contentos
senon con froitos d'o dolor amargos.

(Que en lo profundo y hondo de la entraña
hay un desierto páramo
que no llenan ni risas ni contentos
sino los frutos del dolor, amargos).

Pero a Schopenhauer se le ha tildado de pesimista y materialista (dos rótulos con los cuales la vacuidad y la holgazanería críticas pretenden falsificar una definición, seudo elaborando un concepto).

Xavier Bóveda

¿Podría decirse otro tanto de Rosalía? No; Rosalía no es pesimista ni materialista. La expresión filosófica de su pensamiento podría traducirse así: Por el dolor obtiene la vida el máximo de su expresión. Concepto que se corresponde con el de otro poeta (Alfredo de Vigny), de quien son estás palabras: «Puede decirse que el sufrimiento no es más que la vida en su mayor contenido».

Yo tuve una vez un clavo
clavado en el corazón,
y no me acuerdo ya si era aquel clavo
de oro, de hierro, o de amor.
Sólo sé que me hizo un mal tan hondo,
que tanto me atormentó,
que día y noche sin cesar lloraba
cual lloró Magdalena en la Pasión.
Señor que todo lo puedes
—pedíle una vez a Dios—
dame valor para arrancar de un golpe
clavo de tal condición.
Diómelo Dios, y arranquémelo.
Mas—¿quién dijera?—ocurrió
que no sentí mas tormentos
ni supe que era dolor;
mas noté que no sé qué me faltaba
en donde el clavo faltó,
y tuve casi nostalgias
de aquella pena... ¡buen Dios!
Este barro mortal que nos envuelve
¡quien lo entenderá, Señor!

He traducido del gallego esa poesía, porque pone al descubierto la intima correspondencia del espíritu de la poetisa con la vena acerba del sufrimiento. El dolor es el Jordán en el cual ella sumerge constantemente su alma, como si por vía de esa inmersión buscase purificarse de la vida.

El fondo de su desasimiento, es de índole religiosa.

Alma de luz, había llegado a acendrar de modo tal su espíritu, que ya esa separación, para tantos dolorosa, se producía en ella sin desgarramiento.

¡Vida-Muerte! Una misma expresión fundamental articulada con palabras que traducen aspectos diferentes. Su alma ha arribado en vida al puerto del perfecto desasimiento.

Ha penetrado intuitivamente en la raíz misma de la existencia, y así sabe por qué vuela el pájaro y por qué el árbol tiende hacia la altura. Sabe que existe una armonía trascendente mediante la cual individuo y universo se identifican ante lo Absoluto.

Sabe que el sentimiento es también acción: acción interna merced a la cual alma y mundo se reconocen e interpretan.

«Abre esa ventana, que quiero ver el mar», dijo a su hija Alejandra en el instante de su muerte. En el instante mismo de su tránsito quiso ver, por última vez, en la naturaleza, el símbolo cósmico de todo cambio: el mar.

«¡Luz más luz!», había pedido Goethe. Y he aquí que a través de la distancia y de los tiempos, los espíritus superiores se identifican.

¡Agua y luz! ¡Sol y mar!
¡Dos expresiones de lo inmesurable!

Ramón Pérez de Ayala

= De *La Gaceta Literaria*, Madrid. =



Ramón Pérez de Ayala. Por *Bagaria.*

Yo empecé a leer a Ramón Pérez de Ayala hace bastante tiempo. Yo era un chicuelo, un adolescente. Desde entonces ha llovido bastante. Me pasaba, por entonces, las tardes enteras en las salas de la Biblioteca Nacional hojeando libros y papeles. Yo era taciturno, concentrado, esquivo. Creo que lo primero que leí de Pérez de Ayala fueron sus versos—*La paz del sendero,*—impreso con los tipos de la *Revista de Archivos*, y con una portada de papel amarillo. A mí los versos me gustaron, y por entonces escribí yo algunos que recogí con el título de *Poesías* Llegué a saberme de memoria algunos de los versos de *La paz del sendero.* Luego, con intermitencias, a salto, como pude, fuí leyendo la otra obra de Pérez de Ayala. Perez de Ayala no fué para mí una revelación cuando puso en tela de juicio la obra dramática de D. Jacinto Benavente; las trompetas del escándalo no hicieron sonar en mis oídos este nombre por vez primera. Los versos de Pérez de Ayala iban unidos en mí a mis primeras emociones líricas; y así a mí me extrañaba un poco la forma de hombre agudo, y penetrativo en exceso—si en ello pudiera caber exceso—que iba adquiriendo el autor de *La pata de la raposa.* Yo no tenía—naturalmente—por aquel tiempo pretensión crítica de ningún orden. Escribí como pude, y si no lo hice demasiado bien tampoco puedo achacarme propósito alguno bastardo. Claro es que en mis cosas de entonces hay muchas influencias; las hay como las hay en las cosas de todos los adolescentes que se dedican a las letras.

Alberto Guzmán—personaje central, y en cierto sentido trasunto novelesco, ve la personalidad misma del escritor, cuenta—, ya sin salvaguardarse el autor bajo seudónimo alguno, como acaece en *Tinieblas en las cumbres*, escondido bajo el seudonombre de «Plotirio Cuevas», sus primeras inquietudes de adolescente. Alberto Guzmán es un personaje simpático, un artista falto de voluntad, a merced de todos los vientos, que, inconscientemente, acaba por matar aquello mismo que más quiere—a la pobre Fina—, que muere de amor inconsolado por Alberto.

Todo cambia y, sin duda, que nada cambia más que el concepto del arte. En esta monomanía actual de hallar clave en toda obra novelesca que hoy se publica—¿hasta dónde le cabe la responsabilidad de ello a la censura previa que sirvió de eje al régimen establecido por el dictador?—¡Qué de absurdas explicaciones no se hubiera hallado a *La pata de la raposa!* Novela que se publicó el año de gracia de 1913, año sonado, porque además de publicarse esta citada novela, ocurrieron otras muchas cosas. Hubo un gabinete Romanones. Ocurrió lo de Sancho Alegre. También el capitán Sánchez se hizo célebre aquel año. El general Primo de Rivera fué destinado a Ceuta. Su Majestad el Rey fué a París, donde fué recibido por M. Poincaré, por M. Pichón, por M. Barthou, por M. Paúl Deschanel. Se publicaban aquel año en *Heraldo de Madrid* crónicas casi diarias de Luis Bonafoux, artículos editoriales, también casi a diario, de Ramiro de Maeztu, corresponsal en Londres y en Berlín, que nos adoctrinaba—por entonces, ¡claro está!—de qué cosa fuera el sindicalismo, de qué cosa era el «manifiesto comunista», de quién era Karl Marx y quién Jorge Sorel. Ramiro de Maeztu—por entonces, naturalmente, ¡señores!—parecía estar muy enterado de todas estas cosas. Existía la preocupación de Marruecos, y era nombrado jefe el general Fernández Silvestre. Moría D. Segismundo Moret, *gentleman*, anglómano y autor de la famosa ley de Jurisdicciones. Maeztu. Moret. ¡Qué cosas nos suelen venir de Inglaterra! Aun vivía la pobre Consuelo, la Fornarina, y aún *El Duende de la Colegiata* estaba en su apogeo. Todo cambia, como veis, y aunque la vida española parezca inclinada a estatificarse, cambia también. *La pata de la raposa* es un índice seguro de aquellos días, y aunque pasara un poco desapercibida (es el sino de todo libro en España), da una idea bastante clara de aquellos días. Os debo hacer una pequeña advertencia, y es la siguiente: Yo no tengo tan buena memoria como supondría el que yo os diera de buenas a primeras todos estos datos. Es, sencillamente, que yo no tengo,—según dicen mis amigos—muchas cosas que hacer—, y el otro día, mientras esperaba ser recibido por el amigo Fontdevilla—ilustre director del *Heraldo*—, me entretuve en hojear la colección de este diario que había sobre la mesa, y de este modo refresqué algunas cosas que ya se me habían ido de la memoria. Por lo demás, claro es que yo conocía de antemano *La pata de la raposa.* Mis conocimientos, aunque parezcan un poco improvisados, no lo son tanto que llegue a hablar por el conocimiento primero de las cosas. Soy un poco primitivo, pero al modo que lo eran los pintores primitivos, después de haber olvidado un poco los conocimientos aprendidos.

Como es sabido, la obra que dió a conocer al gran público el gran ensayista asturiano fué *A. M. D. G.* Ha pasado bastante tiempo; yo he hablado largo y tendido en esta misma Gaceta Literaria de esta clase de libro al ocuparme del *Retrato del artista adolescente* de James Joyce; Ramón Pérez de Ayala es académico; y es posible que me agradezca que guardemos un poco de silencio sobre los amables sujetos que son *le sujet* de este libro. La vida es la vida.

Y vamos con la obra fundamental del gran escritor. En mi juicio lo es *Belarmino y Apolonio.* Dejo un poco las preocupaciones estilísticas de *Tigre Juan* o las preocupaciones de *Luna de miel, luna de hiel.* Para estilista ya tenemos uno, y egregio (y este mismo deja ahora el estilo por cosas de más entidad), que es D. Ramón del Valle-Inclán, y la preocupación sexual, que habrá de ser el eje de nuestro tiempo, es patrimonio de una generación posterior a Ramón Pérez de Ayala. (Véase Freud, Joyce, Henry Barbusse.)

Belarmino y Apolonio es su obra maestra en juicio mío, que puede ser falible, como todos los juicios, porque representa la preocupación principal de una generación que se formó en el pragmatismo y en sus alrededores—Bergson, Barrés, William James y *tutti quanti.* En efecto, todo en ella han sido discusiones en torno a problemas filosóficos o artísticos. De aquí, sin duda, le viene a Pérez de Ayala ese aspecto de ensayo novelado que tiene su obra; y por esto mismo, sin duda, que también *Belarmino y Apolonio* aparece como su obra maestra. En efecto, en torno a estos dos zapateros ha girado toda la vida intelectual española, durante algunos años, y de sus razones empíricas y confusas se ha nutrido la juventud que se dió a conocer unos cuantos años después de la guerra grande. Si estuviera yo en plan de *plaisanterie*, pudiera decir que ambas razones pasan a la prensa diaria, y que los periódicos, más o menos modernos, más o menos con preocupación de estar al corriente de todas las cosas, se nutrían de las razones de un zapatero

o del otro. Hablo—ya lo habéis adivinado—de *El Sol* y de *El Debate*. Claro que, como les sucedió a los dos egregios razonadores, tampoco éstos se han dado cuenta de que la vida en torno continuaba su marcha—y que otras preocupaciones ocupaban la vida del mundo.

En fin, he aquí expuesto de modo sumario, con torpeza, y como yo puedo hacerlo, algo de lo que yo opino acerca de Ramón Pérez de Ayala, ensayista egregio, literato de gran estirpe, sobre quien, cuando yo no tenga apremios, ni de tiempo ni de espacio, volveré a ocuparme. «Deo volente», como diría uno de los autores que a él le son tan caros: Mateo Alemán o Vicente Espinel...

Jaime Ibarra

Septiembre, 1930.

Persiflage

Laus Doloris

=*Colaboración directa*=

A la memoria de *Omar Dengo*, conocedor íntimo del dolor y de su poesía.

Anacreonte. — Si mis discípulos aprendieron algo de mí, yo no lo sé. Unos pasaron sus exámenes, y se fueron, alegres, a sus casas. ¿Alegres? Si no alegres, al menos bulliciosos. Otros no supieron responder con acierto a las preguntas que se les hizo, ni desarrollar a satisfacción de quienes los juzgaban los temas que les fueron propuestos, y dejaron la Escuela entristecidos y como con rencor. Sin unos y sin otros, me siento desolado. ¿Si habré crecido? ¡Si habré crecido de manera que ya todo yo no basto para llenarme a mí mismo! Siento en mí una gran soledad; un gran vacío. Tengo hambre y sed de alegría. Que alegría es lo que llena.

Tengo pasión por la alegría. Todo dolor, toda pena, es esto. En la juventud, cuando la juventud es real, como que hay glándulas que secretan júbilo. El organismo se basta solo. Esto que yo siento debe ser lo que llaman volverse viejo. Para ponerle siquiera una sonrisa a mi dolor, me estoy acordando del fragmento aquel, bellísimo, de Anacreonte (el 14 de Bergk), que dice así:

> *De nuevo Eros, el de la dorada cabellera, me hiere con purpúreo dardo, y me invita a jugar y a reír con una doncella calzada con sandalia de colores. Pero ella, nacida en la floreciente Lesbos, desprecia mis canas y otorga sus favores a otro.*

¡Alegría, doncella calzada con sandalias de colores! Nacida en la floreciente Lesbos, menosprecias esta ciudadilla tristona de mi Escuela que se me ha quedado desierta ahora que las clases se cerraron. Y no tienes razón. Una tumba (1) hay aquí entre muchas tumbas eminentes, y la muerte es escuela sin vacaciones. En ella está enterrado un corazón que bien vale lo que la cabeza de Orfeo. ¡Aquí es también Antisa como la lesbiana ciudad de la que contaban Mirsilo y Meibomio que allí los ruiseñores cantaban con más dulzura que en cualquiera otra parte! ¡Tuviéramos el valor intelectual y la inocencia de corazón para crear mitos! A esta tumba vendríamos, no tristes, ¡no!, sino que alegres, como ruiseñores todos. Por eso somos tristes: porque no podemos crear.

(1) La tumba de don Omar Dengo.

¡Yo sí, alegría! Que me siento como joven potro, garañón entero, qué sé cuánto de centauro, jinete hábil lo menos, pese a lo enclenque de mi cuerpo. ¡Oye qué bien canto aquella oda, de Anacreonte también, que tántas veces imitara Horacio; y te la canto a ti!

> *Yegua de Tracia, ¿por qué me miras de soslayo? ¿Por qué, despiadada, me huyes y desconfías de mi habilidad? Pues sabe que yo te enfrenaré y, empuñando las riendas, te guiaré en la carrera en torno de la palestra; que si todavía vas a pastar a la pradera retozando y dando ligeros saltos, es porque no has encontrado un jinete bastante hábil.*

Freg y Estesino.—Con motivo, quizás, de la pelea, todavía no resuelta definitivamente, entre árabes y judíos de Palestina, por la Muralla de las Lamentaciones, Edmond Freg, el sonoro poeta francés, escribió, hará ya más de un año (seguramente hace más de un año, porque aún vivía Omar), un bello poema de aliento apocalíptico. Un judío que ha ido al muro sacrosanto a llorar devotamente, arenga a la multitud de su raza y religión congregada en su redor. El verso recorre los horrores de las pasadas guerras, y el poeta hace a la Tierra imprecar a las estrellas y pedirles conmiseración:

> *¡Planetas, mis hermanos, y vosotras, estrellas,*
> *hermanas mías también, y nebulosas,*
> *quitad de mí los ojos fríos y castos vuestros,*
> *no miréis el dolor de mi agonía,*
> *y en un lugar sin nombre del espacio*
> *dejadme que me esconda!*

Ese dolor del mundo, dolor de todo el mundo, al que Freg ha dado voz, no lo sentimos tan punzante en esta parte de la América tan lejana de Palestina, tan lejana de la India, tan lejana de Cuba, tan lejana de Venezuela, tan lejana hasta de Nicaragua. Pero lo sentimos. Imposible sería hallar rincón alguno donde huirle.

Tremendas son las épocas en las que tan hondo sentir posee a la humanidad. El aire mismo se pone salvaje con la acritud de los vahos de sangre derramada que suben al cielo. Los cables cuentan de nieblas venenosas en Europa. Y fué indudablemente después de aquel torbellino de guerras entre tribus y tribus y tribus llegadas, unas, negras, del Africa, otras, semioscuras, del Oriente, otras aún, rubias, del Norte, a la Península Griega, hasta que todas se fundieron en la noble raza que dió la civilización más alta anterior a la nuestra; fué después de esas guerras o en medio de ellas, que el poeta «ante-homérico», como le llaman los eruditos, de la primera *Cipriada* hace suplicarle la Tierra a Zeus que la libre de la pesada carga de los hombres. Zeus engendró entonces a Elena en la diosa Némesis y confió su educación a Leda. Lo demás lo podéis adivinar. La *Cipriada* es el poema que, en el ciclo troyano, precedía a la *Iliada*. Se reputa autor suyo, en su última forma, a Estesino de Chipre. Freg, en nuestros días, siente en su corazón lo que sintió hará quizás treinta siglos el épico antiguo. Lo siente y lo canta. Sabe crear. La Muralla de las Lamentaciones cobra vida en su poema como cobra actualidad en la historia que vivimos.

Virgilio.—Tremenda es esta historia. Quienes saben presentir presienten sólo espantos, horrores, guerras. Paz no hay quien presienta. Leíamos, en íntima reunión de despedida, algunos de mis alumnos y yo, la *Cuarta Bucólica* de Virgilio, en la versión, a mi juicio admirable, del árcade mexicano don Francisco de P. Herrasti, publicada en *Repertorio*. Y bien, el poema del latino optimista nos dejó fríos. En él, recordad, se anuncia que «la gran serie de los siglos nace de nuevo»; que «del alto cielo abajo gente nueva ya desciende»; y que «acabará la gente férrea primero, y se ha de alzar la áurea en el mundo».

Ninguna emoción despertó en nuestros ánimos la profecía; y no porque supiéramos que Virgilio, que calzaba sus puntos de adulador, celebraba el nacimiento del hijo de Polión, cónsul insigne, que no anunciaba, como se ha querido hacer creer, el advenimiento de Cristo; no; sino porque este mundo nuestro, este mundo de hoy, preñado de desesperanza, es incapaz de sentir lo que en época de Virgilio era natural, que una nueva época se acerca de bienestar y paz. Ni en esta Heredia semejante a mansa vaca que rumia su quietud, es posible escapar a la tristeza que con humedad de lágrimas y con olor de sangre empapa el aire todo del mundo y nos pone pegajosas las ropas del espíritu.

Sotela.—Cuando el Licenciado don Rogelio Sotela escribió su poema sobre el *Dolor*, se puso a tono, siquiera en la escogencia del tema, con el mundo. Don Rogelio, ya lo he dicho, es mal crítico. Mejor aún: hace mal cuando se mete a crítico. Pero es poeta. Cuéntase que habiendo Estesícoro en uno de sus poemas acusado a Elena de haber sido la causa de todos los males que produjo la guerra de Troya, la heroína divinizada le privó de la vista. Lo mismo se ha dicho de la ceguera de Homero. Porque siendo poeta, en su poema al *Dolor* Sotela se quedó a medias, por eso, dirán lenguas futuras, fue medio Estesícoro, medio Homero que no Homero ni Estesícoro entero. Sotela es poeta, pero ha querido quedarse poeta a medias. Y de la pereza

intelectual,—que no otra cosa es la suya,—que lo mantiene a medias, es preciso sacarlo aunque se enoje.

Me puse a leer su librito por la tristeza que sentía en mí. ¡Qué fluída prosa! Hizo bien en escribir en prosa su poema, porque maneja la prosa mejor que el verso. Decid si verso alguno suyo—escoged el que gustéis, ¡escójalo él!—se acerca más que su prosa a la nobleza de la épica. Y para cantar el dolor hay que ser épico. Sotela, poeta que es, bien lo ha sentido. Esto le da distinción. Hay quienes, en cuanto se ponen a expresar dolor alguno, por espiritual que sea, ponen cara de tener abceso en las encías y en cuanto hablan, o recitan, que es peor, su aliento huele a alcohol vulgar. No es el corazón lo que nos ofrecen sino que boca de dentadura descarnada y mal aire estomacal. Sotela no. Sentía que el alma misma se ha conmovido en él. Su actitud, bien mantenida, es de elevación. Por eso, tras de leerlo, he dejado caer el libro suyo y me he puesto a recordar a Freg y al poeta que la leyenda hizo yerno de Homero. ¿Por qué Sotela no pudo, con el soplo de nobleza que le sacudió el espíritu, hacer obra digna de la innegable inspiración que hubo del Dios? ¿Por qué se quedó a medias?

¡Ah, pereza! ¡Qué duro se les hace a los perezosos ajustarse a la lógica! ¡Cuanto más fácil, ¿verdad?, soltar la lengua cuando se la tiene armoniosa, a decir lo que diga, por ilógico que sea, que mantener el intelecto despierto y decir bellamente, con toda la belleza posible, sólo aquello que es justo decir!

Sotela comienza haciendo un elogio extravagante del dolor. Lea el *Banquete* de Platón y aprenda allí de Sócrates cómo se debe elogiar. Tras del elogio multiforme, en el que no deja cosa buena imaginable que atribuirle al dolor, hacia el final de su poema nos dice...

Lo lógico sería, que buscáramos el dolor, que no nos diésemos descanso hasta hallar esa llave que abre el alma, ese ojo que nos revela a Dios, esa esencia que es amor.

¡Pero no, Sotela nos dice cómo *evitar* el dolor! De lo que resulta que, si el dolor es todo lo ennoblecedor que al principio ha dicho, el consejo de evitarlo es malo; o que, si este consejo es bueno, cuanto en loor del dolor ha dicho el poeta es mentira.

Sotela debe leer su propia obra y reescribirla. Para leerla y poder ver en ella este grave defecto que le señalo, debe desenmarañarse la mente de muchas lecturas baratas. Hasta de Emerson. Y, desde luego, de Maeterlinck. El belga es el norteamericano diluido, y el norteamericano es Platón en terrones, disuelto en agua de azúcar. Ambos son saludables frescos. Pero la poesía de Sotela ha de nutrirse de alimento más fortaleciente. Platón puro ha de ser su dieta. Y lo que con Platón va.

Tan fuertote que me dicen que está, porque tengo algún tiempo de no verlo; tan fuertote para echar discursos defendiendo aquellos contratos de la *United Fruit Company* que nos iban a quitar la tristeza a todos en Costa Rica y que no han hecho nada bueno; tan fuertote para andar por esas calles de Dios dando trompadas. En su librito, que es en lo que lo he tenido cerca, muy cerca de mí, débil, muy débil, lo veo. Para elogiar el dolor, nadie mejor que él lo comprende, hay que ser fuerte de verdad. Los discursos y las trompadas, digan los dioses si no, debilidades son. Y hasta que nos pruebe que ha leído el *Banquete* siquiera, no dejaré de tener de él la opinión que digo, de que por débil no puede crear. La Poesía, yegua de Tracia también, como la alegría a mí, le mira de reojo, y le huye y duda de su habilidad.

Persiles

Heredia, diciembre, 1930.

Estampas

La venganza como forma de justicia

= *Colaboración directa* =

Un drama de Strindberg, *Simún*, hace meditar en lo implacable de la venganza del oprimido contra el opresor. Es de esas páginas que mandarían a la hoguera los predicadores de la cómoda doctrina del perdón y olvido. En Argelia, soplada por el Simún, el «viento que seca como dátiles los sesos del blanco, de tal modo que tiene visiones horribles que lo hacen aborrecer la vida y lo precipitan en el más allá desconocido», una pareja de árabes, Briska, la mujer, Yusuf, el varón, satisfacen su venganza tremenda contra Guimard, agente militar de la civilización francesa. El Simún viene de los desiertos arábigos diseminando su maleficio. Gimard ha cometido un crimen contra un nativo y para castigarlo sin que la cólera del ejército francés destruya la tribu de Yusuf y de Briska, ésta se disfraza de guía y lo expone a los tormentos del Simún. ¿Qué es, apenas las primeras bocanadas de aquel viento demoniaco le entran sorbidas por boca y nariz? Muere en él aquella altivez que le viene de ser teniente de zuavos en un pueblo inferior y dominado. Briska lo tiene ahora vencido, lo moldea como un trozo de cera, le intensifica horriblemente sus visiones.

La visión más terrible es esa en que Guimard entrevee la luz de una lámpara iluminando la ventana de su casa.—¿Quién está sentada en la ventana? pregunta Briska.—Mi esposa Elisa, replica Guimard. Y detrás de ella vé a su hijo, de cuatro años, pero el Simún transforma la silueta del hijo en la figura del amigo de bigotes rubios que abraza a la esposa infiel. Ya no ve a su hijo y el Simún lo hace oír dobles de campana, olor de muerto, oraciones fúnebres, y finalmente le pone ante sus pupilas atormentadas la cinta color violeta que graba en letras de plata estas palabras tremendas. «El adios de tu padre, hijo amado».

Cuando ya ha visto a su esposa adúltera, que lo desprecia, que se ríe de él, a su hijo muerto y despedido piadosamente por él, cuando ha consignado su testamento en que lanza la maldición contra la infiel mujer, pide morir y entonces Briska lo conforta así: «Ahora puedes morir, como un soldado que ha desertado. Segura estoy de que encontrarás un hermoso cortejo en los chacales que entonarán el himno funeral sobre tu cadáver».

La agonía de quien cometió un crimen contra uno de la tribu de Yusuf y de Briska su amada, tiene que ser encendida como la sangre de la víctima, tenaz como la opresión del ejército agente de la civilización francesa en Argelia. Guimard debe darse cuenta de que ha muerto y el alma de la mujer que con ayuda del Simún ha hecho de él una ruina, lo pone a mirarse ante una calavera humana diciéndole que es un espejo. ¡Ah! soy yo!, dice moribundo, con la osamenta entre sus manos.

Y Briska, con el sabor jugoso de la venganza satisfecha, quiere traerle mayores tormentos, presentarle la muerte en una visión final que lo persiga en el más allá desconocido con el mismo poder demoniaco del Simún: ¿No ves tu propia mandíbula saltada, los ojos que los buitres desgarraron, el hoyuelo donde crecía la barba que tu Elisa gustaba acariciar, la oreja que tu hijo besaba? No ves, le dice como imprecación final, la señal del hacha, aquí en tu garganta producida por el verdugo cuando apeó la cabeza del desertor?

El genio de Augusto Strindberg dió esas páginas que muchos teorizantes quemarían para librar al mundo del odio y de la venganza. El amor entre los pueblos, ese lugar común de los necios y de los que viven de predicarlo, del dinero que los mismos pueblos contribuyen para sostener las agencias internacionales que lo fomentan, no esté en verdad muy bien puesto con el drama de Strindberg. En nombre de ese amor, de ese interamor, podríamos decir, los pueblos que han centuplicado su codicia y su fuerza, se apoderaron de aquellos que están en la superficie terrestre nada mas que para recibir el influjo de civilizaciones que sirven la codicia y la fuerza. Ejércitos de ocupación en Africa, en India o en América, de todos hay que esperar opresión, crimen contra el nativo a quien tienen por inferior, por indigno de un destino humano. Si el nativo es sumiso, convive con el ocupador, relegado siempre, pero convive. Mas si se revela, es perseguido, exterminado.

Strindberg dió a su drama filiación africana, sin duda para aprovecharse del Simún ardoroso. Pero el sentimiento de venganza es el mismo en las tribus africanas oprimidas, que en los pueblos hispano-americanos intervenidos. No se puede desollar a un pueblo sin que el odio y la venganza trabajen y produzcan su obra tremenda.

No tienen todos los pueblos el Simún

que seca los sesos de los conquistadores que se dicen blancos. Pero la venganza se ejerce en una forma rápida y primitiva, sin una crueldad tan sutil. Los pueblos sin Simún aplican la daga al pecho y al vientre del soldado de ocupación y horadan para ponerlo a mirarse la entraña!. ¡Implacable venganza de los pueblos oprimidos! ¿Cómo es que la legión de predicadores de amor entre los pueblos no percibe el vaho de la sangre sacrificada? Ah! es que mientras los pueblos defiendan del vasallaje extranjero su honor y dignidad, el odio seguirá cundiendo y las instituciones de cordialidad tendrán mucho que hacer todavía. Es necesario que los pueblos se venguen para que los monumentos de amor internacional existan rollizos por el vigor de las contribuciones de esos mismos pueblos.

Inexorable como es la venganza de los pueblos avasallados ejercida contra los agentes de las civilizaciones que sirven a la ambición y a la fuerza, tiene en sí un gran poder de redención. Horadando vientres, o secando sesos, están ofreciendo al mundo la enseñanza de que no es posible oprimir a un pueblo, matarle su libertad, imponerle una cultura y una civilización, porque ese pueblo odia, se venga y al final acaba por vencer.

Juan del Camino Cartago y diciembre del 30.

Fragmentos del notable libro Mi Simón Bolívar...

(*Viene de la primera página*)

no y se engañan todos, porque contemplan a su Excelencia a través de la hojarasca de la literatura americana. Por ejemplo, esa vulgaridad que llaman discurso o juramento en Roma, no es de Bolívar, sino del doctor Manuelito Uribe, quien la hubo de Simón Rodríguez, el cual la construyó cuando ya estaba chocho. Bolívar dijo en el Monte Sacro: «Te juro, Rodríguez, que libertaré a América del dominio español y que no dejaré allá ni uno de esos carajos». Eso fué todo...

Las cartas de Fanny de Villars se han interpretado como lamentos de un corazón adolorido por la muerte de la joven cónyugue. Y se trata únicamente de cartas a una mujer coqueta, que no quería entregarse y que deseaba oír lamentaciones. En verdad que esta mujer, mientras le resistió, le hizo escribir las mayores tonterías. Después fué la amante abandonada que escribirá continuamente sin obtener respuesta. El Libertador fué el hombre de las dificultades, el hombre de las mujeres y de los ejércitos que le resistían: La gloria poseída, la arrojaba; arrojaba el amor casero ya. No pudo arrojar a Doña Manuelita Sáenz, porque se agarraba a él hasta con las uñas. En 1825, conseguida toda la gloria, durante una enfermedad se lamentaba de que la muerte no lo cubriera con sus alas.

«¡Carajo!; esta mujer tiene que ser mía»!: Esa es toda la psicología amorosa del Libertador. Así era también en la guerra, pues, según frase de Morillo, era más terrible derrotado que vencedor. A ningún hombre de mérito lo detiene lo que ya consiguió.

Tenemos que Fanny de Villars lo obligó a escribir tonterías románticas, y que desgraciadamente por ellas se le ha juzgado.

Ha llegado el momento de bajar al Libertador del caballo gomoso de las esculturas encargadas por los caudillos tropicales y de montarlo en su mula orejona, porque en caballo no se pueden atravesar y recorrer los Andes. Bolívar lo usaba para entrar a las ciudades, y domaba potros en los llanos del Orinoco, pero su obra larga y paciente fué acompañado de la mula.

Es preciso acabar ya con el Bolívar del terrible juramento redactado por el doctor Manuel Uribe Angel; con el Bolívar de los que escriben por encargo de los Presidentillos de las pequeñas Repúblicas en que dividieron su gran obra.

El 5 de Julio de 1811 se proclamó la Independencia y se constituyó Venezuela en Gobierno federal.

Esta patria boba terminó en Julio de 1812 por la capitulación de Miranda en San Mateo.

Es muy interesante observar que durante estos acontecimientos, únicamente en Bolívar estaba la conciencia de Colombia, la realidad y el secreto del modo para hacerla aparecer: Fué el instigador de la independencia contra la Junta; fué el crítico del Gobierno federal, y fué el *joven terrible* del General Miranda el desarraigado.

Estaba tan personificado con los destinos de su tierra, con los secretos latentes de la revolución, que a pesar de su juventud y de su inexperiencia sabía claramente lo que debía hacerse, cómo debía hacerse y cuál sería el resultado. Estaba tan personificado con Suramérica que en él casi no existía el ciclo de la acción, a saber: Percepción, deliberación, decisión, acción. Se observa que este ciclo es muy visible en los hombres activos cuando no están personificados con la obra. En Bolívar todo ese proceso se mezcla, la acción y el pensamiento van conjuntos: filosofaba guerreando o... meciéndose en la hamaca.

Crear una gran patria en América fué el ideal que apareció en él, al mismo tiempo que él apareció en brazos de su madre; un gobierno fuerte, central, fué su método.

El Manifiesto está redactado en el estilo limpio de Maquiavelo y cumplió el fin que se propuso: crear espíritu nacional y preparar las grandes campañas de 1813. Es un organismo ideológico que muestra el alma realista de Bolívar como era, como una florescencia del continente. ¿En donde está el romanticismo? Está allí la historia de la revolución hasta 1813, y es y será siempre una enseñanza para Suramérica.

En la Nueva Granada vivía un hombre comprensivo, el letrado Camilo Torres; desde e momento en que leyó el Manifiesto, hasta su muerte, repetía, a pesar de ser federalista, que en Bolívar estaba la emancipación.

En aquellos tiempos de montoneras errantes y dispersas, de poblaciones separadas y cuyas rivalidades y desconocimiento mutuo eran instigados por el régimen colonial, para evitar, precisamente, el nacimiento del espíritu de patria, Bolívar habla y vive para toda América. Es curioso, verdaderamente, que en tales tiempos apareciera semejante realista y realizador, unificado con su tierra.

Esta Memoria y la carta de Jamaica fueron escritas por el Libertador en el destierro, en las épocas en que estuvo más desamparado para el cumplimiento de su empresa. Por eso se puede afirmar que son las obras meditadas, esenciales. El Manifiesto lo escribió durante los dos meses de su permanencia en Curazao, desesperado con la ruina de la primera República venezolana, incitado por las dolorosas experiencias de sus luchas con la Junta, con el Gobierno federal y con el General Miranda; incitado por el desespero de quien se sabe poseedor de los secretos del éxito y que no es comprendido.

Haberlo comprendido fué la gloria de Camilo Torres y, con ello, la gloria de la Nueva Granada:

Simón Bolívar, Camilo Torres. Ahí está la obra de la emancipación, y están reconciliadas Nueva Granada y Venezuela. De la comprensión de estos dos hombres resultaron los años de gloria de 1813 y 1814; puede decirse muy bien que los dos fueron los creadores de Girardot y de Ricaurte.

Mientras sus amigos publicaban el Manifiesto, el Coronel Bolívar terminaba en Ocaña, en quince días, su campaña del Magdalena: «Si nací en Caracas, mi gloria nació en Mompós».

Tenemos, pues, la conciencia continental pura, la única que ha tenido América. En Europa, posteriormente, han aparecido otras, pero no tan nítidas: Nietzsche repetía: «Soy europeo», y Arístides Briand trabaja ahora por los EE. UU. de Europa.

El Manifiesto y su rápida campaña crearon momentáneamente el entusiasmo nacional; se formó el ejército heroico que en pocos días llegó a Caracas. Pero el Libertador tuvo que luchar con los espíritus pequeños, tales como Manuel del Castillo y Francisco de Paula Santander, que a sus ideas universales oponían el regionalismo y la envidia. Este Santander representa en la vida de Bolívar a Calibán. No quería ayudar en la campaña libertadora de Venezuela: «Marche Ud., marche Ud., para Caracas, porque de lo contrario o lo fusilo a Ud. o me fusila Ud. a mí». El Libertador era áspero de palabras, «airado de la cabeza pero no del corazón»; Santander callaba hipócritamente y acumulaba en su corazón uno de los odios más grandes de la tierra.

La Carta de Jamaica es su obra escrita más importante, pues en ella está en germen el Discurso de Angostura, la Constitución Boliviana, la Confederación suramericana y el Congreso de Panamá. Están ahí, vividos emotivamente, la apertura del istmo de Panamá, la Liga de las naciones y el destino de todos los países de América.

La espada de Bolívar

La espada de Bolívar fué forjada
sin duda en el Olimpo, por Vulcano;
en múltiples combates fué aclamada;
Junín la vió, radiante entre su mano.

La espada de Bolívar, comparada
fue siempre a la del César soberano;
hoy es para la América, sagrada,
fulgura con un brillo sobrehumano.

Espada que impulsaba a los centauros,
espada toda triunfo y libertades,
espada toda audacia y toda lauros,

Espada de Bolívar, toda honor,
serás siempre aclamada en mil edades
por ser la espada del Libertador!

J. J. Salas Pérez

Costa Rica. 1930.

(*Envío del autor*)

La acepción en que toman el vocablo romanticismo al aplicarlo a Bolívar es la de propensión a lo sentimental y fantástico. Es cierto, si por fantástico se entiende la realidad futura, pues fué el realizador. Es cierto, si por sentimental se entiende que la acción proviene de la emoción: El libertador creaba en sí mismo y en los demás la emoción precisa para el cumplimiento de su destino; pero jamás soñó vanamente; soñó para diez siglos; sus escritos y actos están preñados, a lo menos, para ese tiempo.

A *romántico* opongo yo *matemático:* Su estilo era el propio para Suramérica, para cada circunstancia y para cada destinatario.

Es preciso tener muy presente que no escribió sino con vista a su fin libertador; que ningún acto de su vida se ejecutó sino con destino a su obra; aún los actos subconscientes. Sucede con estos hombres extraordinarios que a veces su conciencia no es capaz de comprender la unidad de su obra subconsciente; por eso el Libertador se burlaba a ratos de sus proyectos y renegaba de ellos. Este es un aspecto muy interesante de la vida del hombre, que después estudiaré.

Las circunstancias del nacimiento de Bolívar y de la educación que recibió en el campo, dentro del aire, el agua, en medio de los árboles, domando toda la naturaleza, fueron con destino a su obra de Libertador.

Su vida en España, sus amores con Teresa del Toro y todas las heridas que eso produjo en su amor propio, fueron con destino a su obra.

Su vida en París, su encuentro con Napoleón y sus viajes a pie en compañía de Simón Rodríguez, hablando de libertad...

Su amistad con Humboldt y Bonpland, nuevos descubridores de América...

Su constitución física... Todo él fué hechura con destino a la obra libertadora. Unidad perfecta; todo en el universo lo es, pero únicamente cuando uno logra compenetrarse con las circunstancias de una vida, revivirlas emotivamente, se da cuenta de la suprema necesidad que preside la historia de los hombres.

Romanticismo, en su acepción vulgar, significa falta de sinceridad, lirismo gramático. En Bolívar, sus escritos, sus actos, sus gestos y actitudes son *él mismo*, y él se unifica con la emancipación americana.

En Curazao, en 1812, asimila las enseñanzas de su aprendizaje con el General Miranda, y escribe el Manifiesto.

En 1815 medita y asimila sus experiencias anteriores y escribe La Carta de las Profecías.

Estos aislamientos son el retiro que precede a toda gran obra; equivalen a los días de ayuno de Jesucristo en el desierto. Todo realizador tiene su destierro voluntario antes de la obra, para cumplir con la ley que rige la acción humana: *Saber claramente lo que se desea.*

Es vidente o profeta el que se halla tan compenetrado con otro ser que puede percibir inmediatamente, sin intermedios, como se percibe la propia existencia, sus modificaciones presentes, pasadas y futuras. Hay unificación; no existe objeto de conocimiento y sujeto conocedor. Intuición es la convivencia de otros seres en el complejo anímico.

De modo que el que intuye, *siente* más bien que comprende. Por eso el Libertador da principio a sus profecías así: «Todavía es más difícil *presentir* la suerte futura del Nuevo Mundo...» Emplea vocablos no usados hasta entonces con la significación que él les da: *Deseo racional; presentir la suerte futura,* etc...

Él sabía en 1815 que Venezuela y Nueva Granada se unirían; sabía su separación posterior y las causas de ella, pero, ¡cosa terrible!: dudaba de que la Nueva Granada pudiera subsistir... ¿Por qué no meditan en esto los presidentes y políticos que están entregando el país a los agentes yanquis importados con el nombre de expertos?

«¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!» ¿En donde está el istmo? Se convirtió en 25 millones, que fueron otras tantas veinticinco prostituciones. ¿En donde está el istmo...?

Antes de continuar, permitidme, amigos del Centro Cósmico, definir el nombre *Libertador*, aplicado a Bolívar. En mi libreta de esta mañana encuentro la definición emotiva: «Al levantarme y ver el cielo iluminado como lo está en el trópico en casi todos los amaneceres, exclamó todo mi organismo irresistiblemente: ¡Qué mañana tan hermosa!; ¡dan deseos de ir a acompañar al General Sandino a Nicaragua!»

Libertad es el estado perfecto en que el hombre no sufre coacción que le impida ascender; nótese que no digo descender, que respeto el orden. ¿Ascender a dónde? ¿Qué nos importa definirlo? Lo importante está en tener la emoción de ello, expresada con esta exclamación, o con otra parecida: ¡Dan deseos de irse a Nicaragua para acompañar al General Sandino!

Ascender. Eso es lo esencial; no importa saber a dónde; en todo caso, el que asciende va siempre a la belleza, a la ausencia de peso y densidad, a donde no hay odio.

Libertar al hombre es abrirle el camino de la propia expresión, de la futura expresión humana; que no sea explotado y rebajado, que sea ascendido, aun por la fuerza. El gobierno de la nobleza y de la dignidad en cada pueblo, con el fin de crear hombres; eso es lo que llamaba Bolívar *tiranía activa*. España trataba a América como un campo de producción, como un potrero, y Bolívar deseaba que fuese el mejor teatro de la expresión humana.

El hombre es el dios de la tierra, y toda ella está destinada para su señorío, y todo hombre debe ser un señor. Allí está el ideal bolivariano. Que no haya pueblos ni hombres oprimidos por otros; que todos sean libres para llegar a expresarse cada vez mejor. La *tiranía activa* es el derecho que reside en cada pueblo para obligarse a sí mismo a ser teatro de la gloria humana.

Fué Bolívar el que luchó durante cuarenta y siete años, cuatro meses y veinticuatro días por libertarse de las trabas que impiden ascender, y por libertar todo un continente y toda la humanidad. La lucha con España fué para él un medio; quería verdaderamente *libertad espiritual, mejoramiento.*

Como el hombre será siempre promesa, toda obra de libertador quedará inconclusa. Todas son etapas. Lo trascendental del espíritu consiste en que la realidad jamás alcanza al anhelo: El secreto del progreso.

Bolívar, como Sócrates, interesa a la humanidad.

(*Concluirá*)

Poesías de Jorge Carrera Andrade

= Del tomo *Boletines de Mar y Tierra.* Editorial Cervantes. Barcelona, 1930. =

Biografía

La ventana nació de un deseo de cielo
y en la muralla negra se posó como un ángel.
Es amiga del hombre
y portera del aire.

Converza con los charcos de la tierra,
con los espejos niños de las habitaciones
y con los tejados en huelga.

Desde su altura, las ventanas
orientan a las multitudes
con sus arengas diáfanas.

La ventana maestra
difunde sus luces en la noche.
Extrae la raíz cuadrada de un meteoro,
suma columnas de constelaciones.

La ventana es la borda del barco de la tierra:
la ciñe mansamente un oleaje de nubes.
El capitán Espíritu busca la isla de Dios
y los ojos se lavan en tormentas azules.

La ventana reparte entre todos los hombres
una cuarta de luz y un cubo de aire.
Ella es, arada de nubes,
la pequeña propiedad del cielo.

El hombre del Ecuador bajo la torre Eiffel

Te vuelves vegetal a la orilla del tiempo.
Con tu copa de cielo redondo
y abierta por los túneles del tráfico,
eres la ceiba máxima del Globo.

Suben los ojos pintores
por tu escalera de tijera hasta el azul.

Alargas sobre una tropa de tejados
tu cuello de llama del Perú.

Arropada en los pliegues de los vientos,
con tu peineta de constelaciones,
te asomas al circo
de los horizontes.

Mástil de una aventura sobre el tiempo.

Orgullo de quinientos treinta codos.
Pértiga de la tienda que han alzado los hombres
en una esquina de la historia.

Con sus luces gaseosas
copia la vía láctea tu dibujo en la noche.

Primera letra de un abecedario cósmico
apuntada en la dirección del cielo;
esperanza parada en zancos;
glorificación del esqueleto.

Hierro para marcar el rebaño de nubes.
Afiche centinela de la edad industrial.
La marea del cielo
mina en silencio tu pilar.

Poema hidrográfico

Los ríos se buscan por el mundo
y alargan en la tierra sus trompetas de vidrio.
Los mapas navegantes coleccionan
las biografías azules de los ríos

Hidrografía ecuatorial
ilustrada de frutas de la tierra.
Ecuador: en tu aro de color
su pereza de loro dormita Suramérica.

Árboles litorales
cogidos por el lazo de la culebra boba.
Cocotero mulato de cintura flexible.
Bananero de intestinos rosas.

Bosques agujereados por los loros.
Vivienda de caña
del montuvio domador de mosquitos
y degollador de cocos de agua.

Bravos ríos serranos:
Aguas mordientes como espuelas
que hacen encabritar a los caballos.

Garabato infantil del puente
por donde pasa todas las mañanas
una india con un cántaro de leche.

Orillas orientales con pueblos de perdices,
tortugas de ojos de piedra,
lavaderos de oro
y raíces paralíticas de ciencia.

Árbol de goma
—escalera de los nativos—
parado bajo el cielo con una herida honda.

Botes de madera salvaje
donde llevan los doce mandamientos de Róbinson
los rubios inmigrantes.

Corre un rumor de arados
junto a los grandes ríos.
Los colonos descalzos ven doblarse un arco iris
en la tierra peinada de surcos benditos.

Sierra de los ríos labradores.
Litoral de los ríos artesanos,
Oriente de los ríos misioneros:
¡sobre las aguas dulces echemos nuestros barcos!

Colibrí

El colibrí,
aguja tornasol,

pespuntes de luz rosa
da en el tallo temblón

con la hebra de azúcar
que saca de la flor.

Habitante de la meseta

Venado:
tu Ojo es una burbuja del silencio
y tus cuernos floridos son agujas
para ensartar luceros.

Grano de maíz

Todas las madrugadas,
en el buche del gallo
se vuelve cada grano de maíz
una mazorca de cantos.

Corte de cebada

En un cuerno vacío de toro
sopló el Juan el mensaje de la cebada lista.

En sus casas de barro
las siete familias
echaron un zumo de sol
en las morenas vasijas.

La loma estaba sentada en el campo
con su poncho a cuadros.

El colorado, el verde, el amarillo
empezaron a subir por el camino.

Entre un motín de colores
se abatían sonando las cebadas de luz
diezmadas por las hoces.

La Tomasa pesaba la madurez del cielo
en la balanza de sus brazos tornasoles
Le moldeaba sin prisa la cintura
el giro lento del campo.

Hombres y mujeres de las siete familias,
sentados en lo tierno del oro meridiano,
bebieron un zumo de sol
en las vasijas de barro.



Boletines de Mar y Tierra, libro de Jorge Carrera Andrade

= Envío del autor =

No tenía noticia hasta ahora de un poeta en el Ecuador; los ya conocidos y viejos y por conocidos en la totalidad de sus posibilidades ni recordados ni leídos, no ladean mi atención. En el Repertorio, *donde se realiza la verdad paradógica de que los americanos vayamos descubriendo el continente—que no es exactamente nuestro hasta que lo hayamos poseído—fué donde conocí a este poeta nuevo. Hoy tengo sus poemas completos y ordenados formando por la conexión estética un solo poema. Gabriela Mistral en el prólogo que adelanta al libro y que ella llama* Explicación de Carrera Andrade *sitúa y dibuja al autor como siempre lo hace con los hombres que llevan mas América adentro.*

Son cuatro cuadernos el libro. Al principio está Cuaderno de mar, *los paisajes nacen antes de que lleguemos a ellos, los horizontes son las líneas de nuestro cuaderno. En cada una de ellas escribimos la metáfora necesaria.*

nacimientos y defunciones de horizontes

La imaginación se excita con el ansia del viaje, los puertos nacen limpios debajo del sol. Ya Carrera Andrade ha aceptado ese ruego intenso de un viaje que el mar no se cansa nunca de hacernos. Para un poeta de estos, jóvenes en esencia, la nostalgia, el deseo loco de visualizar nuevas rutas, no lagrimea en rima; adopta emociones universales, un gran deseo que rompe en el pecho en oleaje de esperanza, un humorismo lírico cuando la pena se vuelve peligrosa en arte.

Cuaderno de tierra *hace pensar en lo hondo de la vida cotidiana, se aborrece ideológicamente por el tambor de la repetición, se penetra por el ojo-lente concentrador del contemplativo. Los espejos más profundos que los ríos, la ventana en su cuadrado perfecto encierra todo el cosmos, el matiz de los silencios, los juegos de transparencia de los comedores:*

El cristalino frutero
luce una ventanita sobre el pecho

Es también en este mismo cuaderno donde hay poemas salvajes y multicolores, geográficos y étnicos, algo de la emoción múltiple de Whitman acompaña la voz de Carrera Andrade.

Los Microgramas *son apuntes—el concepto de apunte es de inacabado, que está en función de algo, pero apunte en estos momentos de sinceridad absoluta es el grafismo sencillo que invalida el dibujo laborioso y calculado. Esto son sus microgramas,—apunte ,—la imagen puede volverse poema cuando adquiere el máximo poder de síntesis, y esta intuición que nace forma parece cristalizar geométricamente en diminutas obras maestras.*

Cuaderno de poemas indios *es el último de su libro, más acelerado el ritmo del corazón, ya no hay aquí aquel modo fácil y feliz de lanzar metáforas como cohetes en todas las latitudes y que recuerda el concepto de Schiller del arte como juego. El poema* Levantamiento *es de los más fuertes, sus últimos cuatro versos dicen:*

tumbados en la vecindad del cielo
nuestros muertos duermen
manando un cosmos dulce del costado
y con una corona de sudor en la frente

Su libro vive cariño por América. En estos momentos en que todos tratamos de expresar la modalidad nuestra, tenemos que reconocer en Carrera Andrade una promesa de literatura de sustancia indoamericana Es de lo que más sabe la ácida dulzura de sus poemas en que alienta directamente nuestra raza. Aquí en Costa Rica donde muchos se alegran de no tener «problema indígena»—como si su resolución no fuera un renacimiento—puede entenderse mal lo de nuestra raza.

Leyendo el libro Boletines de mar y tierra *se siente la nostalgia de los constructores de templos que metían el ritmo de su espíritu en las decoraciones geométricas.*

Francisco Amighetti

San José, Costa Rica, 1930.

Bucólicas virgilianas

= En la traducción de FRANCISCO DE P. HERRASTI, Prof. de Lengua y Literatura Latinas en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. =

Sexta bucólica

(Véanse las entregas 19, 20 y 21).

Ocasión del poema

Después de su derrota de Perusia, Polión salió de la provincia Cisalpina; y en su lugar entró L. Alfeno Varo como prefecto, y con cargo de distribuir en unión de Octavio Musa tierras a los veteranos. Este Varo y Virgilio habían sido discípulos de Sirón en Mantua en filosofía epicúrea. Octavio Musa asignó quince millas de terreno mantuano cuando ya la región de Cremona no bastó al intento, y ofendido, se dice, porque los mantuanos habían impedido a sus ganados pacer en las tierras públicas de Mantua. Y Varo consintió con él; y en tal suerte sólo les quedaron a los mantuanos lugares pantanosos. Musa mismo desposeyó a Virgilio de su propiedad, y ésta fué asignada a un centurión llamado Arrión. Virgilio fuése a refugiar a casa de Sirón.

Como hemos visto, Virgilio había ya mostrado su gratitud a Augusto por haber recibido promesa de ser mantenido en su tierra, y había celebrado a Polión grandemente, por cuya influencia obtuvo esa seguridad. La salida de Polión y la entrada de Varo le imponía a Virgilio el hacerse bienquisto de éste, y comenzó a escribirle versos, como ya veremos en la égloga IX, y él lo declara en el proemio de ésta; pero viendo que Varo no le era de apoyo, como hombre duro que se dice que fué, Virgilio se desalentó en sus alabanzas. En esta égloga expresando que Apolo le aconsejaba seguir en la poesía pastoral, Virgilio le ofrece a Varo una poesía muy bella, pero no encomiástica, sino un mero cumplimiento, un recuerdo de estudios filosóficos y mitológicos de la escuela.

Materia del poema

El poema es la relación que Virgilio hace de la recitación de un Sileno a unos sátiros y a una náyade; y creemos que los dos muchachos son sátiros no porque Virgilio los llame sino pueri, sino por su junta con Egle, a quien el poeta llama náyade; y por sus nombres. Pero la composición principia con un proemio dirigido a Varón, que ocupa los 12 primeros versos; prosaico y no bien cuidado, sobre todo en el apóstrofe a Varo, que es desalentado, y muestra a las claras que éste no inspiraba al poeta. ¿Por qué pues lo escribió Virgilio? Como halago al magnate de la región donde uno vive; antiguo compañero de estudios, a quien se dedica no una composición personal, sino de un tema grato al poeta y al obsequiado.

Consiguientemente el proemio significa: comencé haciendo poesía pastoril; y he intentado escribir poesía épica; pero Apolo me disuadió, y me dijo que a un pastor le competen versos delicados. Y ahora, Varo, no insisto en mi pretensión, pues te sobrarán quienes canten tus loores; haré poesía campestre, y escribiré como se me manda; canto lo que se me decreta. Pero si esta poesía de poco aliento tiene también buen éxito, ella te celebrará; y esto será grato además a Apolo porque tú le eres grato. O en menos palabras: Apolo me ha hecho desistir de la poesía de aliento, y otros te celebrarán en ella; pero mi poesía paisana, si tiene quien guste de ella, como espero te celebrará a su vez; y esto le será muy grato a Apolo que te ama.

La escena es la entrada de una gruta en que duerme en el suelo un Sileno. El Sileno mitológico fué tutor y compañero de Baco, calvo, chato y con cuernos cortos, borracho y lascivo, y montado en burro. El Sileno de Virgilio es un viejo que ha prometido decirles versos a Cromis y a Mnasilo, dos muchachos. Entran éstos a la gruta, y lo encuentran dormido, beodo con sus adornos de flores caídos cerca, y asiendo aún el cántaro del vino; medrosos se dan a amarrarlo con sus propios lazos de flores en venganza de que no les ha cumplido su promesa; y entonces se les junta Egle, la náyade, y él despierta. Las náyades, de la mitología, nombre que quiere decir nadadoras, son propiamente las ninfas del agua; y Egle, cuyo nombre quiere decir brillo, fué una ninfa, hija de Júpiter y de Neera; o una de las Hespérides, hija de Atlas; o una hija del Sol, hermana de Faetonte. El viejo increpa a los muchachos por qué lo amarran, y que lo suelten, y que ya basta con parecer que han podido amarrarlo; y les promete a ellos los versos que quieren; pero a ella otro favor, dice él. Y comienza a recitar. Saltan los Faunos, las fieras, las encinas; y ni el Parnaso se regocija más con Febo, ni Rópode o el Ismaro con Orfeo. El Fauno mitológico está identificado con Pan; y fué un rey legendario de Italia, protector del campo y pastoría, hijo de Pico, nieto de Saturno y padre de Latino. El Parnaso es la montaña de dos cimas de la Fócide, dedicadas a Apolo y a las Musas; y a cuyo pie corren las aguas sagradas de Castalia, y estaba erigido el famoso templo de Delfos, oráculo dorio de Apolo; Ródope e Ismaro son montes de la Tracia, la tierra de Orfeo, el primero, continuación del Hemo; el otro, eminencia de la parte austral del país; y Orfeo, ya vimos que es el cantor legendario de Tracia, hijo de Eagro y de Calíope. El Sileno comienza por relatar la creación del mundo; la concreción de los elementos de la tierra, del aire, del mar y del fuego, y como de esto se forma todo; y luego se endureció el suelo y encerró en el mar a Nereo, y comenzó a tomar las formas de las cosas. Nereo en la mitología es hijo de Océano y Tetis, y padre de las Ninfas. Y prosigue el Sileno diciendo que la tierra se admira de que el sol luce ya, y de que la lluvia cae de lo alto, y los bosques brotan, y los animales se comienzan a aparecer en los cerros. En seguida el Sileno ya entra a la mitología, y narra las fábulas de Pirra, de Saturno, de Prometeo, de Hilas, de Pasífae, de Atalanta, de las Faetontíadas, e intercala a Galo, el íntimo de Virgilio; prosigue con la fábula de Scilia, y termina con la de Tereo, Procne y Filomela. La fábula de Pirra es la versión griega de la tradición del diluvio. Pirra fué mujer de Deucalión, rey de Ptía en Tesalia, e hija de Epimeteo; y en su tiempo sobrevino el diluvio, que destruyó a todos los hombres, menos a ella y a su marido. Consultaron los oráculos preguntando cómo se repararía la pérdida del género humano, y se les respondió que la manera era coger piedras y echarlas atrás; y en efecto, las que arrojó Pirra (Pyrrhae lapides) se volvieron mujeres, y las que arrojó él se hicieron hombres, y fueron los padres de la nueva raza. La fábula de Saturno ya la referimos en la égloga de Polión. La fábula de Prometeo es que éste hizo un hombre de barro y lo animó con fuego que robó del cielo (furtum Promethei); pero Prometeo fué castigado por su impiedad con ser amarrado por mandato de Júpiter a una roca del Cáucaso, y aquí un buitre le roía sin cesar las entrañas; (Caucasiae volucres) y esta es fábula que significa que el hombre que se da a salvar a los hombres cae en desgracia; que el redentor muere ajusticiado. La fábula de Hilas cuenta que éste fué un hermoso mancebo de Eucalia en Argos, y compañero de Hércules en la expedición de los Argonautas; pero que fué raptado por las ninfas, prendadas de su hermosura, y fué buscado en vano por su amigo Hércules: el sentido de la fábula es que Hilas se ahogó, (que es el robo de las ninfas), en el Ascanio, un río de Bitinia. La fábula de Pasífae refiere que ésta, hija de Helios y hermana de Circe, fué mujer de Minos, rey de Creta, y madre por él de Andrógeo, Fedra y Ariadna; pero que Venus por odio le inspiró la pasión de un hermoso toro, que la hizo madre del Minotauro. Las Prétides son hijas de Preto, rey de Tirinte, a quienes Venus en castigo de su soberbia las enloqueció haciéndolas que se creyeran vacas: las Dictaeae Nimphae son las ninfas de Creta, llamadas dicteas por el monte Dicte de Creta, donde Júpiter fué escondido por Saturno; los Gortyniae stabula son los establos de Gortina, ciudad antigua de Creta. La fábula de Atalanta cuenta que ésta fué una hermosa muchacha, hija del rey de Beocia, Esqueneo, que vencía a todos a correr; pero que a su vez fué vencida por Hipómanes, con la estratagema de éste de arrojarle a la muchacha a la hora de la carrera de apuesta tres manzanas de oro; Hipómanes se casó después con ella. Las manzanas eran del jardín de las Hespérides, hijas de Héspero o Erebo y de la Noche, las cuales en una isla de más allá del Atlas cultivaban un jardín que daba manzanas de oro. La fábula de las Faetontíadas dice que éstas, que eran hermanas de Faetonte, el que arrebató el carro del sol y estando a pique de incendiar el mundo fué fulminado por Júpiter, lo lloraron tanto, que Júpiter las volvió en árboles y sus lágrimas en ámbar. Entre esas fábulas griegas Virgilio intercala la apoteosis de Galo, su protector e íntimo, el mismo a quien dedica la última de sus bucólicas. Galo fué un militar distinguido, político y poeta. Virgilio supone que Galo anda errando en las márgenes de un río sagrado, que es el Permeso, río de Beocia, consagrado a Apolo y a las Musas, que nace en el monte Helicón y se vierte en el lago Copáis, y que aquí una de las musas lo encuentra y se lo lleva a los montes Aonios, que son las montañas de Beocia, o Aonia, llamada así por un antiguo rey de nombre Aon, y que en esta eminencia Galo recibió homenaje de todas las Musas y de Lino, pues el coro de Febo son las Musas todas, y Lino es, como ya vimos en la égloga de Polión, el hijo de Apolo y de Terpsícore, maestro de música de Hércules y de Orfeo. El senex Ascraeus,

de quien Lino le habla a Galo, es el viejo de Ascra, Hesiodo, natural de esta villa de Beocia, situada junto al Helicón; el nemus Cryneum, del cual Lino le recomienda a Galo que cante, es el bosque de Grinia, villa de la Eólide, en donde había un templo de Apolo. Por último Virgilio da término a su égloga con dos fábulas más, la de Scila y la de Tereo. La fábula de Scila dice que ésta, que era hija de Fórcidé fué transformada por Circe a causa de celos, en un monstruo marino que llevaba perros a las caderas y con ellas asaltaba en la mar a los navegantes y los ahogaba; pero Virgilio al llamarla aquí Scylla Nisi, hija de Niso, la confunde con la hija de Niso de Mégara, y que fué transformada en el pájaro Ciris; las Dulichiae rates de que habla el poema son las naves de Ulises, que fueron atacadas por Scila, Odisea, XII, 205, y llamadas así de Dulichum, isla del mar Jonio, cercana a Itaca, y perteneciente a Ulises. La última fábula, la de Tereo, Procne y Filomela cuenta que Tereo, un rey tracio, casó con Procne, hermana de Filomela, hijas ambas de Pandión, rey de Atenas; y que se enamoró de Filomela, y la sedujo; pero Procne se dió cuenta de esto, y mató a Itis, hijo de ella y de Tereo, y se lo sirvió a éste de comida. Pero Tereo cuando lo supo se dió a perseguir a ambas hermanas que habían huido juntas; y entonces los dioses transformaron a todos ellos en animales, a Tereo en abubilla, y a las hermanas, a una en ruiseñor, y a la otra en golondrina. Pero en Virgilio Filomela es la mujer de Tereo; y Procne es su cuñada, como también hemos visto que ocurre en el Pervigilium Veneris en la publicación que hicimos de él, México, 1917. Y Virgilio termina su poema diciendo que el Sileno cantó además todo lo que Apolo cantaba en el Eurotas y les enseñaba a los lauros; en lo que alude a la fábula de que Apolo, enamorado de Jacinto, hijo de Ebalo, rey de Esparta, se iba a las márgenes del río Eurotas a enamorar a Jacinto con sus improvisaciones. Y concluye el poeta diciendo que el Sileno sólo calló cuando el Véspero mandó encerrar los rebaños y contarlos, y el astro se alzó del Olimpo, lo que no quería, porque con esto se hacía noche, y el canto del Sileno se acababa.

Manera del poema

Primero se dignó nuestra Talía
juguetear en verso siracosio,
y no le sonrojó vivir los campos.
Mas ya cantando yo reyes y guerras,
Cintio me asió la oreja y advirtióme:
«Títiro, es menester que los zagales
apacienten ovejas bien criadas,
y reciten poemas atenuados».
Y ahora, oh Varo; y pues tendrás de sobra
quienes decir tus alabanzas quieran,
y ensalzar con su voz las guerras tristes,
ejerceré mi campesina musa
en tenue caña. Canto lo mandado.
Mas si alguien también esto; si alguien presa
de amor lo lee, a ti nuestras míricas
te cantarán, oh Varo, y bosque todo;
y para Febo no hay más bella página,
que la que se inscribió de Varo el nombre.

Piérides, proseguid. Los mozalbetes
Mnasilo y Cromis a Sileno hallaron
yaciendo adormecido en una gruta,
hinchado como siempre de las venas
por el vino de ayer; a poco trecho
caídas de su testa sus guirnaldas
yacían, y su cántaro pesado,
de asa desgastada, le pendía.
Y lléganse a él, pues a menudo él viejo
habíalos burlado en la esperanza
de una canción; y le echan ataduras
con sus coronas propias. Se les une
por compañera a los rapaces tímidos
y júntase Egle, Egle la más linda
de las Ninfas; y cuando ya él la advierte,
frente a ella y sién le pinta de sangrientas
moras, y él dice riéndose del chasco:
«¿Por qué nudos me atáis?, soltadme, mozos,
Que parezcáis haber podido basta.
Los versos conoced que estáis queriendo;
versos para vosotros; para aquesta
otro será mi obsequio» y en el punto
él principia. Ora viérais a los Faunos
y a las ninfas bailar en tiempo; y ora
sus copas menear los tiesos robles;
y ni con Febo la Parnasia peña
se regocija tanto, ni a su Orfeo
tanto admiran ni el Ismaro ni Ródope.
Pues canta cómo por el gran vacío
conglomeradas fueron las semillas
de las tierras, del aire, de las aguas
y del fuego sutil; y cómo todo
fué formado de aquestos elementos,
y aun la reciente redondez del mundo;
cómo ya daba empiezo a endurecerse
el suelo, y a apartar dentro del Ponto
a Nereo, y tomar formas de cosas
lentamente; y que ya las tierras pásmanse
de que el sol nuevo brilla; y de más alto
las lluvias caen de las alzadas nubes,
cuando por primer vez a erguirse empiezan
las florestas, y raros animales
divagan por los montes ignorados.

Luego habla de las piedras arrojadas
por Pirra, y de Saturno los gobiernos,
y las aves del Cáucaso, y el robo
de Prometeo; y agrega a estos relatos
cómo sonaba: ¡Hilas, Hilas! toda
la vega en el arroyo en que llamaban
los navegantes a Hilas el perdido.
Y a Pasifae, feliz si nunca hubiesen
existido boyadas, la consuela
en su pasión por el ternero blanco,
«¡Ah virgen desgraciada, qué locura
se apoderó de ti; las mismas Prétides
llenaron de mugidos contrahechos
la campiña, mas nunca bestia alguna
siguió tan torpe unión, aunque temiese
a su cuello el arado; y que a menudo
se buscase en la frente lisa cuernos!
¡Ah doncella infeliz, tú ahora yerras
en la montaña, y él su níveo dorso
sobre el muelle jacinto recostando,
rumia debajo del obscuro roble
pálida yerba, o vase tras de alguna
en la crecida grey! Cerrad, oh Ninfas,
Ninfas de Dicte, el valle de los bosques,
por si a nuestras miradas se aparecen
las huellas errabundas de algún toro;
que tal vez a él en pos de verde yerba,
o siguiendo a algún hato, lo encaminen
de Gortina al establo algunas vacas».
Luego a la moza canta a quien gustaron
las pomas de las vírgenes Hespérides;
y de amarga corteza con el musgo
rodea a las hermanas de Faetonte;
y altos alisos en la tierra yergue.

Luego canta cómo una de las Musas
llevó a Galo, que erraba por las aguas
del Permeso, a los montes de la Aonia;
y cuál de Febo el coro todo alzóse
ante hombre tal; y cómo aquesto díjole,
adornado de flores y apio amargo,
Lino, el pastor de los divinos versos:
«Toma, te dan las Musas estas cañas,
què dieron al anciano ascreo enantes;
él con ellas solía de los montes
hacer bajar los rígidos quejigos;
tú con ellas del bosque de Grinia
di el origen; y no haya selva alguna
en la que más Apolo se glorie

¿Para qué he de decir ahora cómo
él relató a la Scila, hija de Niso,
de quien la fama cuenta que ceñida
de monstruos ladradores a las blancas
caderas, acosó a las naos de Ulises,
o deshizo a los nautas temerosos
dentro de la vorágine profunda;
o cómo refería la mudanza
del cuerpo de Tereo, y el banquete
y dones que le puso Filomela,
y el rumbo por el cual a los desiertos
él se apartó; y las alas con que el triste
antes revoleó sobre su casa?

Y canta todo aquello que otros días
Febo compuso, y escuchó el Eurotas
complacido, y mandóles a los lauros
que ellos se lo aprendieran; las cañadas
sonantes a los astros lo devuelven,
hasta tanto que Vésper las ovejas
juntar mandó, y hacerles el recuento;
y él avanzó del descontento Olimpo.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica